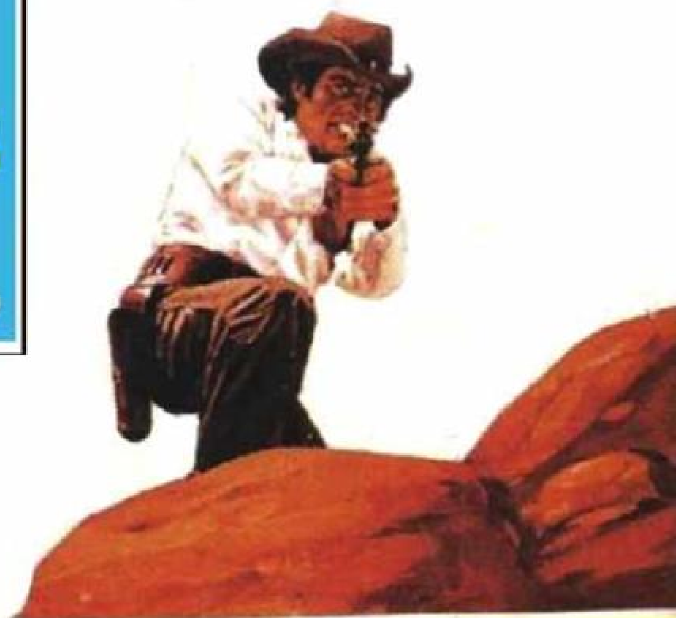
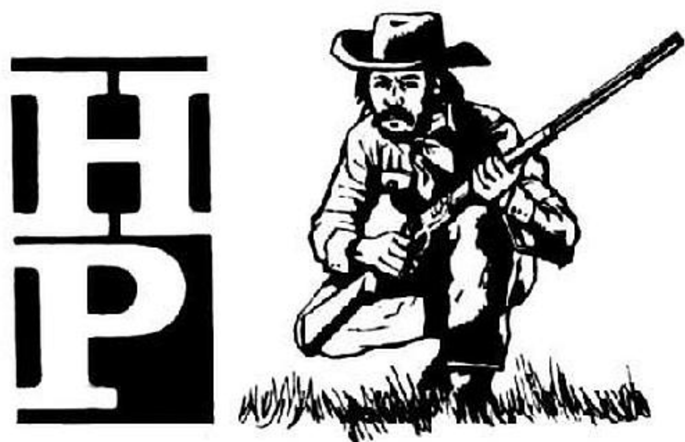




SILVER KANE

UN MILLON PARA MORIR





HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

UN MILLON PARA MORIR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 529
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 41559-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: febrero, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

MILLONARIO POR SORPRESA

El director de la cárcel dijo:

—Que pase ese buitre.

El director de la cárcel era muy amable.

Quería a los presos como si fueran sus hijos.

Miró hacia la puerta.

Y en vista de que nadie entraba dijo al carcelero:

—¿Qué pasa? ¿No viene? ¡Voy a proponerle para recibir una docena de latigazos!

—Ya está aquí, señor.

La puerta se abrió.

Un hombre alto, rubio, entró en el despacho.

Tenía los hombros cuadrados, las facciones enérgicas y los ojos azules. Pese a vestir el uniforme gris de los presidiarios, conservaba una admirable planta.

El director gruñó:

—Adelante, Prince.

—¿Para qué me ha llamado, señor?

—He de decirle unas cuantas cosas.

Y leyó una cuartilla que tenía sobre la mesa.

—Prince Donovan —dijo—, convicto y confeso de fullero, de tramposo, de estafador, de vagabundo, de aficionado a los desafíos ilegales, de cuatrero, de holgazán, de irrespetuoso con la ley, de haber aplastado la cara a dos *sheriffs*, de haberse fugado con la mujer de uno de ellos, de haber lanzado agua sobre el alcalde de Kansas City desde la torre de la iglesia, de haber hecho circular

moneda falsa, de haber robado un cargamento de *whisky*, de habérselo bebido, de haber llenado luego las botellas de vinagre y de habérselas enviado por correo al presidente de los Estados Unidos. ¿Hace falta que siga?

El presidiario musitó:

—No, señor, no hace falta. Un poco más y me mareo.

¿Ese tipejo soy yo?

—¿Tiene algo que decir?

—Sí, señor: ¡Qué asco!

El director arqueó una ceja.

—Bueno…, ¡ejem, ejem!… Le he leído su historial para que sepa a qué atenerse. Como los delitos se cometieron en muchos lugares distintos, ha tenido que ser juzgado en rebeldía en todos ellos, por turno, mientras cumplía condena aquí por otras causas. Ahora ya tengo todas las sentencias, que en total suman… Vamos a ver… Vamos a ver… Suman cinco años. Ha tenido suerte.

Prince pensó que eso de la suerte es según como se mire, pero guardó silencio. Lo único que se atrevió a decir al cabo de unos instantes fue:

—Lo del agua sobre el alcalde de Kansas City… En fin, no le alcancé, después de todo. Y el *whisky* era peor que el vinagre antes de que diera el cambiazo, se lo aseguro.

El director de la cárcel continuó:

—Cinco años… Pero veamos: lleva ya uno encerrado aquí, observando muy buena conducta y trabajando en el taller de la penitenciaría, lo que le da derecho a un año de reducción en la condena. Es decir, ha cumplido dos y le quedan tres. Pero aquí viene la suerte. Con motivo de la elección de nuevo presidente de los Estados Unidos, pues desde hace una semana nuestro jefe absoluto es el general Grant, se ha decretado un indulto para las penas de seis años o menos, siempre que no sean debidas a homicidio. Por lo tanto, usted, Prince, que está en ese caso, quedará libre enseguida. Y conste que lo siento.

Prince dijo:

—Siempre ha sido usted como un padre, señor.

—¿Adónde piensa ir?

—No tengo idea.

—¿Cómo anda de dinero?

Prince elevó los ojos al cielo.

—Para comer tendré que confiar en la misericordia divina.

—Bueno, pues apáñese. Ojalá se muera de hambre.

—Su bondad me emociona, señor. Sin usted, ¿qué sería de nuestras pobres almas desvalidas?

El director tomó un sobre que tenía en su mesa y lo abrió, con gesto de ir a enviarlo todo al infierno de un momento a otro.

—Bueno, me queda un último trámite sin importancia —dijo—. ¿Recuerda a su compañero de celda?

—Claro que sí… A Fuller. ¿Cómo no voy a recordarlo? El pobre murió la semana pasada.

—Hizo testamento. Lo escribió en una hoja de papel y la guardó en este sobre. Según pidió antes de morir, debíamos leérselo a usted cuando saliera, puesto que le nombraba heredero de todos sus bienes. Supongo que esos bienes consistirán en una lima oxidada y el rabo disecado de alguna rata. Pero, en fin, yo he de cumplir con los reglamentos, y por lo tanto le leeré la última voluntad de aquel tipejo, que era aún más tramposo que usted.

Prince se alteró.

Siempre había estado de buen humor, pero esta vez sus facciones se tensaron.

—No le llame «tipejo», señor.

—¿Por qué? ¿No lo era?

—Pudo haber sido mi padre.

—Claro que pudo haber sido él. Y cualquiera. Como usted no ha conocido a su padre… ¡Jo, jo, jo!…

Prince se aguantó a duras penas. Pero lo consiguió pensando que no iba a estropear por un arrebato su inminente libertad. Si le atizaba al director de la cárcel, aunque sólo le rompiera un diente, le cargarían al menos dos años.

—Ya sé que usted era muy amable con él —dijo el director—. Le hacía todo el trabajo, le daba parte de su comida y le cuidaba en sus enfermedades. Hasta tengo entendido que le compró algunas cosas con el poco dinero de que disponía. Muy bien, hombre, muy bien… Ahora verá el pago que tiene.

Y empezó a leer la hoja:

«Yo, Nathaniel Fuller, hijo de Nathaniel y de

> Natalia, de sesenta años de edad, de profesión mis trampas, encerrado en la prisión de Alliance, en Nebraska, dispongo como mi última voluntad lo siguiente: Primero, regalo mi ropa al director, a ver si se infecta; segundo, obsequio a los carceleros con la escupidera de mi celda; tercero, dejo todos mis bienes a mi compañero Prince, que ha sido la única persona sensata y amable que he encontrado en mi vida».

El director rió.

—Tenía humor, el muy cerdo —dijo—. Vamos a ver qué te deja, muchacho. Yo apuesto por el rabo de rata.

Y siguió:

> «… Mis bienes consisten en un cuarto de millón de dólares que tengo depositados en el Banco federal de Rushville, a poca distancia de aquí, además de unas tierras que valen tres cuartos de millón, también situadas en el mismo condado. Los títulos de propiedad de éstas se hallan en el juzgado de Rushville. En cuanto al dinero, he tenido el resguardo oculto hasta ahora y lo acompaño a la presente escritura, para que vean que no miento, y mi amigo Prince pueda empezar a disfrutarlo enseguida».

El director había palidecido.

Con voz apenas audible, continuó:

> «Todo ese dinero, junto con las tierras, no ha sido obtenido por medios legales, desde luego. Hice trampa sobre trampa con los naipes hasta que lo conseguí. Pude haber vivido como un pachá el resto de mi existencia, pero un mal día me atraparon y me metieron en la cárcel, donde voy a estirar definitivamente la pata. El millón de dólares más o

menos que va a recibir Prince, es fruto de mil pequeñas infamias y mil pequeñas canalladas. Lo peor es que resulta imposible devolverlo, porque ya no recuerdo ni a quién se lo birlé. Por lo tanto, ruego a Prince que lo destine a hacer el bien.

»Y si no hace el bien, que haga lo que le de la gana. He dicho. Señor director: Brrrrrr…»

Y Prince imaginó la cara del viejo sacando la lengua y haciéndole al director una cuchufleta.

El papel había resbalado de entre los dedos del funcionario.

Estaba lívido.

Tomó con ojos incrédulos una hojita de papel amarillo que también estaba dentro del sobre.

Era, efectivamente, un resguardo ya algo sobado del Banco federal de Rushville.

Pero la cifra resultaba bien clara.

¡Un cuarto de millón de dólares!

¡Y si aquello era verdad, también debía ser verdad lo de las tierras!

El director miró como un alucinado a Prince. Resultaba que tenía delante a un millonario.

Y su expresión cambió de pronto.

—Muchacho —dijo—, yo siempre he tenido una gran simpatía por usted.

—Ya me he dado cuenta, señor.

—Sus problemas son los míos.

—Exacto.

—Su dinero es el mío.

—Cuerno, no.

—Bueno, he querido decir que como si lo fuera.

—Piense lo que quiera, señor. De ilusión también se vive.

El director sonrió como un cocodrilo.

—Le invito a comer, Prince.

—De pronto se me ha quitado el apetito, señor, Y ahora, si no tiene nada más que decirme…

—¡Cuerno! ¡Claro que tengo algo más que decirle! ¡Lo primero

es que me cisco en usted! ¡Váyase al infierno! ¡Y lo segundo, es preguntarle qué va a hacer con tanta pasta!

—Aún lo ignoro. ¿Sabe cuál es la cantidad que jamás he visto junta?

—No.

—Cien dólares.

—¡Mentira! Me dijeron que una noche había ganado diez mil en la mesa de juego.

—Sí, pero de dos puñetazos me taparon los dos ojos, de manera que no llegué a verlos.

Y salió.

Resultaba que era millonario.

¿Qué sensación producía eso?

Debía ser como una borrachera, porque Prince tropezó tres veces con la misma puerta…

CAPÍTULO II

EL MUY HONORABLE BANCO DE RUSHVILLE

El joven oteó la ciudad desde lo alto de su caballo. Era una buena tierra. Lo mejorcito de Nebraska. Parecía increíble que estuviera tan cerca del penal de Alliance, lleno de pulgas, de ratas y de directores con la nariz torcida. Rushville, en cambio, tenía todo lo que un hombre puede apetecer, desde tierra fértil hasta aire puro.

Ah… Y chicas bonitas, seguramente.

Y un Banco donde había un cuarto de millón de dólares.

Prince picó espuelas y el caballejo avanzó hacia la ciudad.

Era un caballo de saldo.

Tanto que se lo habían regalado al salir del penal. Prince avanzó a lo largo de la calle principal, mirando atentamente los establecimientos.

Todo le parecía maravilloso.

Y hasta las mujeres de cuarenta años le causaban la sensación de tener sólo veinte.

Miraba los rótulos de los establecimientos, en los que antes apenas se fijaba:

SALOON ELDORADO
LA CASA DE LAS GIRLS
EL NAIPE DE ORO

Casas de juego, de bebidas, de… Bueno, de todo. Aquella ciudad llena de vida le hacía estremecer de emoción.

También vio un rótulo muy interesante:

BANCO FEDERAL DE RUSHVILLE

Pero no entró en él.

Le daba miedo que todo fuese un sueño y que, pese a las apariencias, no hubiera allí un cuarto de millón de dólares.

JUZGADO DE PAZ

Allí tenían que estar los registros de las tierras, unas fabulosas tierras que eran suyas. Pero tampoco se atrevió a entrar a comprobarlo, al menos de momento.

Pero hubo otro rótulo que le llamó la atención poderosamente, y allí sí que se dirigió.

CUADRA PUBLICA. ALQUILER DE CABALLOS

El joven entró en el local.

Era muy amplio y olía a limpio, a grano y a paja fresca. Unos veinte caballos estaban alineados ante los pesebres, esperando pacientemente. Los ojos de Prince los recorrieron con avidez. Pero sólo se fijó al fin en uno de ellos.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

«Me habían dicho que estaba en Rushville… —musitó para sí mismo—. Me lo habían dicho y es verdad…»

El encargado de la cuadra se acercó a él, dirigiendo una mirada conmiserativa hacia sus ropas más bien astrosas.

—¿Qué le apetece, amigo? Si no quiere nada, no estorbe. Éste es un negocio serio.

—Verá… Quiero aquel caballo.

—¿El blanco del lunar en las ancas?

—Sí.

—¿Piensa comprarlo?

—Desde luego.

—Son cincuenta dólares. Se trata de un buen ejemplar… Un pura sangre. Pago al contado.

Prince sabía demasiado bien que a un pura sangre no se le tiene

en una cuadra pública.

Sabía también que aquel pobre caballo no podía galopar apenas porque tenía un defecto en un remo.

No valía ni diez dólares.

Pero dijo:

—Me lo quedaré.

El caballo había reconocido su voz.

Parecía mentira, al cabo de un año largo.

Pero alzaba la cabeza nerviosamente, agitaba sus hermosas crines y trataba de verle desde el fondo de la cuadra.

El encargado murmuró:

—Parece que le conoce.

—Sí.

—¿Fue suyo?

—Yo lo ayudé a nacer. Su madre era una magnífica yegua, que murió en el parto, desgraciadamente. Quería quedarme el potrillo, pero había nacido en las tierras de un rancho que no era mío, ni tampoco era mía la yegua. El dueño me echó a latigazos. A los dos días notaron que el potrillo andaba mal y decidieron matarlo para vender la piel. Yo me enteré y lo robé. A consecuencia de eso me detuvieron por cuatrero.

Rió.

—Bueno, por cuatrero y por otras cosas…

—Ya se ve que no es usted un tipo demasiado recomendable —dijo el encargado de la cuadra—. De modo que ya sabe que el caballo tiene un defecto… Pero está casi curado… Se escapó del rancho que usted dice y estuvo un año en la pradera, hasta que lo cazaron y me lo vendieron. No lo alquila nadie. Se lo dejo por veinte dólares.

Johnny sonrió.

La gente del Oeste era brusca, pero en general más honrada de lo que parecía.

—Le daré los cincuenta que ha pedido —dijo—, porque para mí el potro los vale. Pero tendrá que esperar unos minutos. He de ir al Banco a retirar dinero.

—¿Al Banco? No me diga…

—Espere y lo comprobará.

—Bueno, yo al fin y al cabo no pierdo nada. Le esperaré. Seguro

que a ese caballejo no se lo lleva nadie…

Prince dijo:

—Gracias, amigo.

Y salió.

El Banco estaba casi enfrente.

Entró en él.

Prince dijo:

—Buenos días…

Y en aquel momento el tipo que estaba dentro, en el fondo del pasillo, disparó sobre él.

A matar.

CAPÍTULO III

JOROBESE, AMIGO

Prince no llevaba armas.

Naturalmente, en la cárcel no le habían dado ningún «Colt», ni tampoco había tenido dinero para comprarlo por el camino. De modo que estaba ante el pistolero más indefenso que un niño.

Sin embargo, conservaba algo, a pesar del prolongado encierro: su diabólica agilidad.

Se contorsionó al ver que el otro iba a disparar.

La bala sólo le rozó.

El otro se había confiado demasiado, creyendo tenerlo seguro. Lanzó un aullido cuando aquella silla, impulsada por el pie de Prince, voló hacia él como una bala.

Disparó otra vez, pero el plomo chocó contra aquella silla. El impacto le hizo vacilar. Cuando quiso rehacerse, Prince ya había dado un fantástico salto hacia él. Ya lo tenía encima.

Sus puños se dispararon como catapultas.

La mandíbula del pistolero produjo un chasquido siniestro, mientras la cabeza le iba de un lado a otro como si se la fueran a arrancar del resto del cuerpo.

Cuando lo vio sin sentido a sus pies, Prince respiró hondamente.

Aún no lo entendía.

No había visto a aquel tipo jamás, ni comprendía qué interés podía tener en matarle.

Pero los hechos eran los hechos. Se había salvado de milagro.

Los empleados del Banco ya habían corrido hacia allí. El director acababa de abrir la puerta.

—Pero ¿qué ocurre?

—¿Qué infiernos es esto?

Alguien señaló al caído.

—No sé, no tiene sentido. Ese hombre estaba aquí, como si esperara que le atendiésemos, y de repente disparó contra ese otro, que acababa de entrar.

El director miró a Prince con ojos acerados.

—¿Alguna cuestión personal? —preguntó bruscamente.

—No puede ser, puesto que no lo conocía.

—No le creo. Y sus problemas vayan a resolverlos fuera de mi Banco. ¡Hala, a la calle!

Prince susurró:

—Poco a poco, amigo. No he tenido la menor intervención en esto. Y le aconsejo que no me trate así sólo porque me vea mal vestido.

—Llamaré al *sheriff*.

—No tiene por qué hacerlo. Soy un cliente.

—¿Qué viene a hacer? ¿A ingresar medio dólar?

A Prince ya le estaba resultando demasiado cargante aquel tipo, pero se aguantó.

Vio que los empleados del Banco echaban a la calle, tras transportarlo en volandas, al pistolero que había tratado de matarle, y que aún se encontraba sin sentido.

—¡Eh, amigos, no tanta prisa! ¡Quiero interrogarle!

—¡Bah! Es basura…

Prince se encogió de hombros y miró de nuevo al director del Federal Bank.

—Necesito hablar con usted —dijo—. Sólo le molestaré unos minutos.

—Está bien. Pase a mi despacho.

Una vez sentado ante aquella especie de buitre, el joven mostró el testamento del viejo Nathaniel, sellado y avalado por el director de la prisión.

—Yo soy el heredero —dijo—. Tengo aquí mis documentos de identidad en regla. Y lo que trato de hacer es retirar el depósito de un cuarto de millón.

El director palideció.

—No le creo, amigo —dijo con desprecio.

Y empezó a husmear en los documentos, tratando de encontrar un fallo en ellos.

Pero como no lo había, apretó los puños con un gesto de contrariedad.

—Tendrá que esperar de dos a tres semanas —dijo.

—No, amiguito.

—¿Cómo qué no? Necesito algún tiempo para reunir ese dinero.

—Conozco bien la legislación de esta clase de establecimientos. Debe hacer efectivos los depósitos en el plazo máximo de cuarenta y ocho horas…

—Tiene gracia. ¿Y cómo sabe eso un vulgar presidiario?

—Porque en la cárcel he conocido a más de un banquero, amigo. Y los banqueros charlan por los codos.

El director palideció aún más.

En vista de que las cosas se ponían complicadas para él, adoptó un tono conciliador:

—Le daré una cantidad a cuenta. Hágase cargo de que la suma es algo elevada.

—Verá… No quiero crearle problemas, pero lo necesito todo.

—¿Para qué?

—Me han dicho que también he heredado unas tierras. Y quiero crear en ellas un verdadero rancho, para lo cual hace falta mucho dinero ya de entrada: instalaciones, contratación de personal, compra de sementales y de herramientas… ¿Para qué seguir? Usted debe conocer mejor que yo esa clase de negocios.

—Cierto, pero de todos modos mi consejo es que no se precipite. Tendrá ese dinero a su debido tiempo.

Prince arqueó una ceja, mientras miraba reflexivamente a su interlocutor.

No era tonto.

Empezaba a darse cuenta de la verdadera situación.

—Ya comprendo —dijo—. Ese dinero pertenecía a un presidiario que tenía que pasarse en la cárcel bastantes años más. Por consiguiente, no iba a sacarlo del Banco. Entonces usted pensó que podía disponer de esa suma para sus negocios particulares y la empleó tranquilamente. Las cosas no han ido demasiado bien y ahora no puede devolver ese dinero, ¿verdad? De todos modos, vivía tan tranquilo, porque ¿quién iba a pedírselo de momento? Y

ahora mi llegada le hunde por completo. Le chafa todos sus planes. Ni quiere devolverme el dinero ni puede hacerlo. E incluso estoy empezando a adivinar algo más.

Las facciones del banquero se habían vuelto afiladas y agresivas.

Murmuró:

—Vaya con cuidado, amigo. Conmigo no se juega.

—Ni conmigo —susurró Prince—. Pero voy a terminar de decirle lo que pienso. Usted sabía que yo iba a venir porque alguien le avisó desde la cárcel. Y entonces puso en el interior del Banco a un pistolero desconocido para que me liquidara nada más entrar. Como ni a mí ni a mi matador nos habría echado nadie el ojo encima, todo quedaría como un crimen inexplicable entre dos desconocidos, un vulgar ajuste de cuentas, vamos. Usted le daría a aquel tipo un billete de mil machacantes y… ¡al diablo! Pero las cosas le han salido mal, ¿verdad? Ahora yo estoy aquí reclamando. ¿Qué piensa hacer? ¿Contratar a otro asesino?

El banquero se había puesto a sudar copiosamente.

Se daba cuenta de que Prince era peligroso y de que además hacía funcionar el cerebro. Murmuró en tono conciliador:

—Deme cuarenta y ocho horas. Sólo eso le pido: dos días. Es un plazo muy razonable.

—Lo es —accedió Prince.

—Pasado mañana a esta misma hora puede venir a retirar el dinero. Mientras, llévese los documentos. Y, por favor, no tome represalias.

—No soy vengativo —dijo Prince.

—Entonces, hasta pronto.

—Un momento. Necesito alguna cantidad a cuenta, para los primeros gastos. Deme quinientos dólares.

—Con mucho gusto.

El banquero le tendió cinco billetes de a cien y le hizo garrapatear un recibo.

Cuando Prince salió, una sombra de contrariedad oscurecía su rostro.

No iba a ser todo tan fácil como había imaginado.

Pero, en fin, ya se resolvería.

Con el dinero pagó el caballo, dejándolo por el momento en la cuadra, tras acariciarle el testuz y encargar para él una ración

extraordinaria de pienso. Luego adquirió un revólver.

Bueno, fue a adquirirlo.

En realidad, ni lo tuvo en la mano siquiera.

Estaba mirando los que el armero exhibía en la vitrina interior de su establecimiento cuando una voz dijo a su espalda:

—No vas a necesitarlos, compadre.

Un cañón se posó en su columna vertebral. Y otra voz añadió:

—Joróbate, amigo…

CAPÍTULO IV

UNA CUERDA Y UNA MUJER

Prince no veía a sus enemigos, pero el dueño de la tienda, que estaba de cara, sí que les veía. Y por eso aconsejó:

—Más valdrá que se esté quieto, muchacho. Son tres.

Prince alzó levemente los brazos.

—Sí que me atracan pronto… —susurró—. Pero les advierto que lo que llevo encima no llega a quinientos machacantes.

—No es un atraco, compadre. Ven con nosotros.

Y la presión; del revólver, hizo girar a Prince, encarándolo hacia la puerta.

Allí vio cuatro caballos.

Sin duda, uno era para él.

—Vas a acompañamos —dijo la voz de uno de sus enemigos—. Tenemos que llevarte a un sitio que te gustará.

Prince dio por descontado cuál era ese «sitio».

Y dio por descontado también que sus enemigos debían ser totalmente desconocidos en la ciudad, para que así no se pudiera seguir ninguna pista.

Pero en eso se equivocaba.

Al montar a uno de los caballos vio que uno de los tres granujas era el tipo a quien antes dejara sin sentido en el Banco.

Se había repuesto ya.

¡Y de qué modo!

Ninguno de los tres le apuntaba ya, para no llamar la atención, pero tenían las manos muy cerca de los «Colt», lo cual indicaba que podían acribillarle en cualquier momento. Y él estaba sin armas…

—Haz un solo movimiento para huir y será lo último que hagas —advirtió el único pistolero al que conocía—. Sigue adelante, hasta el fondo de la calle, y allí ya te indicaremos lo que has de hacer. Hala, arreando.

El joven obedeció.

Al llegar al final de la calle, le advirtieron que siguiese a la derecha.

Avanzaban hacia unos espesos bosques.

Prince no tenía la menor duda de que allí acabarían con él. Y quizá pasarían semanas enteras antes de que apareciese su cadáver.

—El dueño de la armería os ha visto —musitó—. Cuando yo desaparezca, avisará al *sheriff*.

—¿Eso piensas? Bueno, pues empieza a cambiar de opinión, muchacho. El dueño de la armería no se meterá en líos. A él le interesa estar a bien con el director del Banco… y con nosotros. Además, no ha visto nada importante.

Prince apretó los labios.

Estaba buscando desesperadamente una salida, pero no la encontraba.

Penetraron en el bosque.

Todo era oscuro, casi tenebroso. La luz del sol no penetraba apenas entre las apretadas hojas de los árboles.

Llegaron al borde de una profunda zanja que los matorrales y las hojas muertas iban cubriendo poco a poco, y por la que sin duda los animales dañinos hacían sus *razzias* durante la noche.

Muy poco después, no quedaría de su cadáver más que los huesos. Y nadie se molestaría en identificarle.

La voz dijo a su espalda:

—Alto.

El joven detuvo el caballo.

Todos sus músculos estaban tensos y listos para la acción, pero sabía que eso iba a servirle de bien poco.

Los tres pistoleros estaban tras él.

Seguramente ya tenían sus revólveres preparados, apuntándole a la espalda.

—Bueno, amigo… Adiós.

Prince no esperó que le liquidaran.

Saltó del caballo como un rayo, dejándose caer hacia la derecha.

Una de las balas le pasó entre los cabellos.

Otra se le llevó parte de la pernera izquierda del pantalón.

Pero Prince era más ágil de lo que aquellos tipos creían.

En según qué aspectos, era un verdadero tigre.

Cuando uno de los pistoleros iba a disparar de nuevo, se encontró repentinamente en el suelo. Prince había logrado sujetarle por una pierna, tirando de él. Le propinó un terrible golpe apenas lo tuvo a su alcance, y lo dejó sin sentido. Intentó desesperadamente protegerse tras su cuerpo, mientras los caballos se encabritaban.

En cierto modo, lo consiguió.

La bala que iba destinada a su cabeza se hundió, en el cuerpo del pistolero que le servía de parapeto.

Pero el brinco que dio éste, a causa del espasmo de la muerte, hizo que Prince no pudiera retenerlo más entre sus manos. El cadáver cayó de costado y él quedó al descubierto.

Los dos pistoleros rieron torvamente.

—Has logrado hacerlo más divertido aún, muchacho.

Y se oyeron dos detonaciones.

Prince se estremeció instintivamente dos veces, como si sintiera el impacto de las balas. Pero aquella reacción nerviosa no correspondía a la realidad, porque verdaderamente no sintió nada. En cambio, vio algo que en el primer momento le pareció increíble.

Los dos pistoleros acababan de resbalar desde las sillas hasta el suelo.

Y al llegar a éste, se pudo ver que en sus espaldas aparecían dos enormes manchas de sangre.

Una voz ronca y espesa masculló:

—Lo siento. No es mi costumbre, pero no he tenido más remedio que matarlos así.

Prince miró con los ojos muy abiertos, sin comprender aún.

Y vio al tipo que acababa de salvarle.

Era un fulano increíble.

Parecía uno de esos personajes de las historietas de horror que empezaban a publicar ya algunos periódicos.

Tenía la cara completamente quemada.

Y las manos.

El resto del cuerpo debía estar igual, desde luego, pero eso no se apreciaba a causa de sus ropas vaqueras.

Sólo los ojos del desconocido eran normales.

Unos ojos grandes, casi dulces.

Se dio cuenta del efecto que había causado en Prince y murmuró:

—No me mire si no quiere. No voy a ofenderme por eso.

—¿Quién… es usted?

—En cierto modo, no tengo ni nombre. Llámeme como quiera. Si le parece, llámeme «Colt».

—Evidentemente, su nombre es otro.

—¿Y eso qué importa?

El desconocido se acercó a los muertos y los contempló.

—Al primero casi lo mató usted —elogió—. Fue admirable. No sé cómo pudo conseguirlo.

—¿Lo vio?

—Claro que sí…

—¿Vive usted en este bosque?

—¿Y en qué otro sitio podría vivir? ¿Entre las personas civilizadas, por ejemplo? Despierte, amigo. A nadie le gusta tener delante una facha como la mía.

Prince, mientras tanto, se había puesto en pie.

Aún no podía creer del todo que estuviera vivo.

—Perdone por esta pregunta que quizá a usted no le gustará oír —murmuró—. Pero ¿dónde le ocurrió todo eso?

—Bah… Pregunte lo que quiera. A mí ya no me asusta nada, ¿comprende? —Y de pronto cambió de expresión—. Se habrá enterado de que hace poco hubo una guerra.

—Sí, cuerno. ¿Cómo no? Mi propia casa quedó destruida. Una guerra civil que duró cuatro años… Pero ya hace otros cuatro que ha terminado.

«Colt» —de algún modo había que llamarle—, produjo un chasquido con dos de sus dedos carcomidos, parecidos a los de un espectro.

—Cuatro años… —musitó—. Eso se dice pronto. Pero cuando uno lo ha perdido todo, cuando uno no conserva ni su nombre, cuatro años se transforman en la más terrible eternidad. Pero, en fin, no hablemos de mí. ¿Cuál es su problema, amigo? Supongo que las cosas estarían bastante graves cuando se ha llegado… a esto.

—Aún no me ha dicho cómo se quemó —dijo Johnny—. Por

favor, contésteme usted primero.

—¡Bah! ¿Para qué? Hubo docenas y docenas de hombres que murieron en el incendio de aquel polvorín. Yo sólo me quemé la piel. Claro que hubiera sido mejor acabar de una vez, pero… ¿qué le vamos a hacer? Nadie elige su suerte.

—¿Desde entonces vive aquí?

—No tengo más remedio. Nadie quiere ver a un monstruo.

—La gente hubiera terminado acostumbrándose.

—Es mejor no intentarlo. Y ahora conteste a la pregunta que le he hecho, amigo. ¿Cuál es su problema?

—Un cuarto de millón.

—¿Lo robó?

—Al contrario. Quieren robármelo a mí.

—No le entiendo. No tiene usted aspecto de millonario.

—Cierto, pero a veces las apariencias engañan.

Y Prince explicó a «Colt» todo lo que le había ocurrido, desde que le comunicaron la noticia de su libertad en la cárcel hasta los disparos que le habían salvado la vida. «Colt» le escuchaba con el mayor interés, dando cabezadas de vez en cuando.

—¿Me cree? —preguntó Prince al fin.

—Claro que sí. Y gracias por la confianza.

Prince produjo también un chasquido con dos dedos.

—Aquí hay más buitres de los que pensaba —murmuró—, pero de todos modos me estableceré en esta tierra. Las posesiones que he heredado están cerca, y en ellas estableceré un gran rancho. No creo que se ofenda si le hago una oferta, amigo. Usted podría ser mi hombre de confianza.

—Se equivocaría. Nadie querría verme.

—Sin embargo, alguien debe verle ahora. Supongo que, aunque vive como una fiera en el bosque, compra alimentos, vestidos y munición en alguna parte.

—Sí… Hay un pobre dependiente del almacén general de Rushville que me hace un gran favor. Él es el único que conoce de verdad mi historia. Los domingos dice que sale de caza y me trae las cosas más indispensables que yo necesito. A cambio de eso, le facilito las piezas que yo he cazado poco antes. Las vende y se recompensa de los gastos. Además, con eso consigue fama de gran tirador, lo cual le quita su complejo de inferioridad. Porque el pobre

es miope como una tortuga.

—Se acabó el vivir así —dijo Prince—. Le ayudaré.

—No lo haga, amigo. Olvídese de mí.

—¿Por qué?

—Porque sólo le traeré problemas. Y me temo que ya tenemos el primero encima. Mire.

Señalaba hacia los árboles más cercanos, a la derecha.

Y trató inmediatamente de huir, dando un ágil salto de ardilla.

Pero ya no tuvo tiempo.

Una bala le cortó el paso, restallando materialmente a sus pies.

Prince se volvió velozmente y vio a los cuatro jinetes que se acercaban.

Uno de ellos llevaba la estrella al pecho y era, sin dada, el *sheriff*. En apariencia nada tenía que temer de él.

Pero sólo en apariencia.

Porque el *sheriff* miraba con expresión hosca los dos cadáveres, sin que sus hombres dejaran de apuntar.

—¿Qué es esto? —mascullό—. ¿Quién los ha liquidado?

—Ha sido en defensa propia —susurró Prince.

—Sí, ¿eh? Pues yo veo que dos de esos hombres presentan balazos por la espalda.

El hecho era innegable, de modo que Prince se mordió con fuerza el labio inferior. Resultaría verdaderamente difícil que el otro comprendiera los hechos sin haber estado delante.

—Daré toda clase de explicaciones ante el juez —dijo, no obstante—. Mi amigo y yo…

—¿Su amigo? —preguntó el *sheriff* burlonamente—. ¿Es que eso es acaso una persona? Ya me habían dicho a mí que una especie de monstruo vagaba por el bosque, pero hasta ahora no había logrado echarle el ojo encima. Vaya, hombre, vaya… Es un bonito espectro. La gente se va a divertir mucho cuando vea su cadáver.

Y sin más dilaciones ordenó a sus hombres:

—¡Colgadlos!

Prince estaba petrificado.

No entendía una actitud así.

Pero empezó a entenderla bastante mejor cuando vio que los hombres del *sheriff* llevaban preparadas incluso las cuerdas.

—Es curioso… —murmuró—. Nunca creí que las influencias de

un banquero llegaran tan lejos.

—¿Qué dices, desgraciado?

—Ahora lo entiendo todo. Esos hombres tenían que matarme por encargo del director del Federal Bank. La cosa había de salir bien por fuerza, pero un banquero siempre juega sobre seguro. ¿Y qué pensó? Muy sencillo: enviarle a usted por si algo fallaba, y para que diese un cierto aire de legalidad a la presencia aquí de los asesinos, en el caso de que llamaran la atención a alguien. Perfecto… Ha sido un crimen muy bien montado, *sheriff*. Le felicito.

Las facciones del representante de la ley enrojecieron.

Tras rechinar los dientes aulló:

—¡No perdáis más tiempo! ¡Colgadlos de una vez! ¡Colgadlooooos…!

«Colt» no intentó resistir.

Dio la sensación de que la muerte no le importaba, y de que para él era casi una liberación.

En cambio, Prince sí que intentó defenderse.

Pero le sirvió de poco.

No llevaba armas.

Y uno de los jinetes, experto en el oficio, ya se había colocado tras él, moviendo la culata de su rifle.

El culatazo dejó momentáneamente sin sentido a Prince, que cayó pesadamente a tierra.

Cuando recobró el conocimiento, se dio cuenta de que lo estaban montando a la fuerza sobre un caballo, con las manos a la espalda. Sobre la rama que colgaba encima de su cabeza, ya bailaba la soga.

—Así… Muy bien, amigo. Esta corbata te sienta estupendamente.

Y le ciñeron el cáñamo a la garganta.

Prince no protestó. Ya no le servía de nada.

Sólo pensó: «¡Con lo tranquilo que estaba en la cárcel!…»

Y miró a «Colt».

—Lo siento —susurró—. Está metido en este lío por mi culpa.

—No lo lamente. Para mí la muerte no es lo mismo que para usted. Para mí es una liberación.

Y cerró los ojos, esperando a que alguien espantara el caballo para dejarle a él bailando al extremo de la cuerda.

Prince masculló:

—Hala. Al diablo…

Y estuvo a punto de golpear él con las espuelas los ijares del caballo, para acabar antes.

Pero alguien dijo entonces, muy cerca de allí:

Quieto, *sheriff*. No se atreva a hacer eso.

Todos miraron hacia aquel lugar.

Y Prince pensó una serie de cosas que no está nada bien que piense un hombre dispuesto a morir:

«¡Qué piernas!».

«¡Qué tía!».

«¡Qué monumento!».

La chica llevaba un rifle.

Y el *sheriff* y sus hombres alzaron las manos poco a poco.

CAPÍTULO V

UNA CHICA QUE PROMETE

Pero no estaban asustados, sino sólo sorprendidos.

El *sheriff* masculló:

—¿Qué es esto, Natalie? ¿En qué clase de lío acabas de meterte?

—No me importan los líos. Iba de camino, pasando por aquí casualmente, y he oído la conversación. Voy a decirle una cosa, *sheriff*: No me parece legal. No puede colgar a estos hombres sin que antes los haya condenado el juez.

—Tonterías. Tú sabes que el juez los condenará.

—Entonces mejor para usted. Espere a que eso ocurra.

—¿Qué cuerno pretendes?

—Evitar un crimen.

—¿Cómo? ¿Amenazándonos con ese rifle?

—Simplemente advirtiéndoles con la voz de la razón.

Prince pensó que aquella chica estaba haciendo un esfuerzo elogiable, casi enternecedor, pero inútil.

El *sheriff* los colgaría igual.

Por eso se sorprendió tanto cuando vio que las facciones del «representante» de la ley se suavizaban notablemente.

—Natalie, estás obrando como una loca —fue lo único que dijo, pero con voz más bien suave.

Prince miró a la chica.

Era alta y con los cabellos color castaño claro. Tendría sólo unos diecisiete años, pero estaba tan desarrollada que podía parecer una mujer de veinte. La tersura de su piel, sin embargo, y la suavidad de sus formas, eran las de una muchachita.

Y se llamaba Natalie…

Bonito nombre.

Claro que Prince pensó también que el descubrimiento de una chica tan bonita iba a servirle de bien poca cosa, puesto que de todos modos acabarían con él.

Su sorpresa aumentó, sin embargo, al ver que Natalie no cejaba, y que el *sheriff* parecía ir dándole la razón.

—De acuerdo —murmuró el de la estrella—. Los llevaré ante el juez, ya que tú me lo pides.

—Hágalo, *sheriff*, y así no tendrá nada sobre su conciencia.

«Colt» murmuró desesperadamente:

—A mí no me lleve ante el juez. Cuélgueme aquí mismo. Yo no quiero que nadie me vea.

La muchacha se fijó bien en él. La verdad era que hasta entonces no había reparado detalladamente en ninguno de los dos hombres.

Tuvo un involuntario estremecimiento.

«Colt» era una especie de monstruo que le hubiera hecho lanzar un grito de horror caso de haberlo encontrado a solas.

Y sin embargo había una dulzura especial en su mirada, una luz de humanidad en sus ojos que llegaba a impresionar, si uno se fijaba exclusivamente en eso, dejando aparte el resto de la cara.

—Ese hombre no tiene por qué comparecer ante el juez —musitó Prince—. A todos los que ve aquí muer tos, los he liquidado yo.

«Colt» fue a protestar, pero el *sheriff* había tomado ya una decisión inesperada y rápida.

Dijo:

—¡Soltadlos!

Prince y «Colt» fueron liberados de sus ligaduras y, sobre todo, de las sogas que ceñían sus cuellos.

Inmediatamente, el *sheriff* hizo un disparo entre las patas del caballo que montaba «Colt».

El corcel dio un salto, asustado, y desapareció entre la espesura, llevando consigo a un jinete que sin duda no sabía qué pensar. Pero el caso fue que el monstruo desapareció entre los árboles.

Prince exhaló un suspiro de alivio.

Dos minutos antes no hubiese ni siquiera soñado que las cosas podían resolverse así. Ahora, al menos, aunque a él le llevaran ante

el juez y le condenaran a muerte, el pobre «Colt» no tendría que pasar por la vergüenza de verse obligado a desfilar por delante de toda la ciudad. En este sentido, al menos, las cosas estaban mejor que antes.

Notó que ahora le apuntaban exclusivamente a él.

—Andando, amigo.

—Hay que llegar a Rushville.

Prince miró los cadáveres.

—¿Y esos muertos?

—Nos los llevaremos todos en sus caballos, no te preocupes.

En efecto, así se hizo.

Y se formó en dirección a Rushville una extraña comitiva que estaba encabezada por Natalie y el *sheriff*, y que cerraban los agentes. En medio iban Prince y los caballos que transportaban los muertos.

Así llegaron a Rushville.

La expectación era enorme.

No todos los días llegaba allí el *sheriff* con un detenido y una colección de muertos.

Se detuvieron ante un edificio de piedra que era a la vez cárcel, oficina del *sheriff* y despacho del juez. Prince y los muertos fueron encerrados en la misma sala, un recinto enorme que recordaba los de las haciendas mexicanas. Allí quedó con dos centinelas de vista, mientras la muchacha y el *sheriff* desaparecían.

Natalie no volvió, pero sí el representante de la ley.

Había transcurrido una hora aproximadamente cuando se presentó en compañía de un hombre relativamente joven, que iba bien vestido y tenía un cierto aspecto que hizo pensar a Prince que se trataba del juez del condado.

Prince arqueó una ceja.

Supo que iba a pasarlo mal.

El juez no le miró apenas. Clavó los ojos en el *sheriff* y le pidió con voz amable:

—Infórmeme de lo ocurrido, por favor.

—Es sencillo. Iba de patrulla con mis hombres cuando…

Y narró todo lo sucedido, ajustándose a la verdad, aunque naturalmente se calló que no había ido al bosque por casualidad, sino porque se lo mandó el director del Banco.

—Vea esos dos hombres asesinados por la espalda —dijo al final de su relato, como esgrimiendo una prueba.

El juez los miró.

—¿Usted los conocía, *sheriff*? —preguntó al cabo de algunos instantes.

—Pues…, pues no.

—Yo, en cambio, sí. Yo los conocí muy bien, porque antes de ser el juez de este condado estuve en otros menos importantes. Y estos tipos a los que ve aquí eran asesinos profesionales que se alquilaban a bajo precio para matar a cualquiera. Aunque hayan muerto por la espalda, puedo asegurarle que el que los despachó no tuvo la culpa. De modo que suelte a ese hombre. No puedo condenarle.

Prince estaba asombrado.

¡Por fin encontraba un juez que sabía por dónde iba!

Pero más asombrado estaba el *sheriff*. No podía comprender que dejaran libre a Prince, a quien sin duda se había comprometido a quitar de en medio.

—No puede dejarle marchar, juez —farfulló—. Al fin y al cabo, es un asesino.

—Por lo que veo aquí, yo creo más bien todo lo contrario. Y ahora buenos días, *sheriff*.

El juez desapareció.

Prince preguntó burlonamente:

—¿Puedo aplaudir?

—¡Cállate, asesino!

—No se ponga así, *sheriff*. Ya acaba de oír que soy una persona honrada.

—No debí haber llamado al juez. Debí haberte matado en esta misma sala y explicar luego que habías tratado de huir.

—Celebro que esa suculenta idea no se le haya ocurrido antes. Pero de todos modos la pondrá en práctica tarde o temprano, ¿no?

—Más vale que se vaya de la población, Prince.

—Tal vez lo haga…, cuando haya cobrado.

No dio más explicaciones porque suponía que el *sheriff* estaba enterado de todo.

Saludó y salió.

Nunca una ciudad le había parecido tan bonita y animada como entonces.

No podía olvidar que todo esto lo veía como de regalo. Que, de no haber mediado aquella muchacha llamada Natalie, ahora estaría muerto.

Natalie… ¿Dónde demonios viviría aquella chica?

Necesitaba darle las gracias.

Y fue entonces, muy cerca del juzgado, cuando la vio. Natalie salía de un almacén. Llevaba bajo el brazo un pequeño rollo de telas.

No le vio.

Prince dijo:

—Natalie…

Ella giró la cabeza y se quedó completamente petrificada al verle, con la boca cómicamente abierta. Hubo de sujetar las telas con la otra mano para que no le cayesen a tierra.

—¿Usted? ¿Cómo se ha librado de…?

—¿… de la muerte?

—Bueno, yo no sabía a cuánto iba a condenarle el juez. Pero daba por descontado que no saldría libre a los cinco minutos.

—He tenido suerte. Se ha dado cuenta de que aquellos tipos eran unos forajidos y ha decidido que actué en defensa propia. Además, he de confesarle a usted, ahora que todo ha pasado, que a los dos hombres muertos por la espalda no los pasaporté yo. Fue el otro individuo, el de la cara destrozada. Cargué con la culpa para no complicarle más la vida. Pensé que bastante desgracia tenía.

Natalia parpadeó confusa.

—¿Quién era aquel hombre?

—No lo sé. Era la primera vez que lo veía.

—Se trataba de un monstruo…

—Hasta la mejor persona del mundo puede tener la desgracia de quemarse la cara —dijo Prince—. Y si usted miró a aquel hombre a los ojos, se daría cuenta de que en ellos palpitaba una gran humanidad.

—Sí, ya me fijé en eso. De todos modos, no me hubiera gustado encontrármelo yo sola. ¿Qué nombre le dio?

—Uno muy extraño: «Colt».

—Seguro que no se llama así.

—Eso mismo pienso. Pero me dio ese nombre y yo lo acepté. Tampoco quise hacerle más preguntas porque cada uno arrastra su

propia historia, y la de él no debía de ser muy agradable.

Sin darse cuenta, habían echado los dos a andar.

Acababan de cruzar la calle principal, muy abigarrada, para internarse en otra calle secundaria mucho más tranquila y donde, a intervalos, casi se podía palpar el silencio.

Prince musitó:

Tenía mucho interés en encontrarla para darle las gracias. En realidad, la he llamado por eso.

—No se preocupe. Hice lo que creí que era mi deber.

—Pues no todo el mundo lo hubiera hecho. Es usted una gran mujer, Natalie, pese a su juventud. ¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete, pero todo el mundo cree que tengo veinte.

Prince rió.

—Yo soy viejo. Ya tengo veinticuatro.

—No diga tonterías.

—¿Cuál es su apellido, Natalie?

—Ferguson.

—¿Vive aquí?

—Sí. Ya hace bastantes años que estoy instalada en Rushville.

—¿Con sus padres?

—Con mi madre solamente. Papá murió antes de la guerra civil. No tengo de él más que un recuerdo muy lejano y muy borroso.

Prince carraspeó.

—Voy a preguntarle algo que quizá le moleste, Natalie. No me conteste si no quiere, y en todo caso perdóneme.

—No se preocupe, hable.

—¿El *sheriff* está enamorado de usted?

Ella parpadeó.

La pregunta la había pillado desprevenida y por unos momentos no supo qué contestar. Al fin retrucó saliéndose por la tangente:

—¿Por qué me pregunta eso?

—No sé; he tenido la sensación de que nos soltaba por habérselo pedido usted. Por causarle buena impresión.

—Es posible que… en efecto, el *sheriff* esté enamorado de mí.

—Se llevan mucha diferencia de edad. El al menos tiene treinta y cinco años.

—Cierto, pero no es eso lo más importante. Si no pienso aceptar sus requerimientos es porque no le considero un hombre honrado.

—Está aliado con el director del Banco Federal, ¿verdad? Hace lo que el otro le ordena.

—Está aliado con todos los poderosos de la ciudad. No tenga miedo de que aquí vaya a la cárcel ninguno de los que tienen una buena renta. Y no será porque algunos no lo merezcan. Rushville es una ciudad donde se cometen tantos atropellos como en cualquier otra parte.

Prince cabeceó en silencio.

Se daba cuenta de que aquella muchacha no sólo tenía valentía, sino también una gran dosis de sentido común.

—De todos modos, son cosas que no se pueden evitar —murmuró ella—, de manera que más vale resignarse. ¿Cómo ha dicho que se llamaba usted?

—Prince.

—He estado encantada de conocerle y de haber podido serle útil, Prince. Y celebro que se encuentre en libertad. Buenos días.

Se estrecharon las manos y se separaron los dos.

Ahora sí que Prince fue directamente a comprar una funda pistolera y un revólver.

No podía seguir por más tiempo indefenso.

Supo que, desde las ventanas del Banco, alguien le vigilaba cuando entró en la armería. Por eso se limitó a escupir ostentosamente hacia atrás cuando cruzó el umbral de la tienda.

El dueño le miró parpadeando.

—¿Usted otra vez aquí?

—Le sorprende, ¿verdad?

—Creí que ya le habrían liquidado. Daba por descontado que le habían capturado para eso.

—En efecto, pero tuve suerte. Y ahora, ¿querrá venderme el revólver que estaba mirando cuando se me llevaron?

—Claro que sí, amigo. Aquí lo tiene. Es un fenomenal seis tiros.

Prince musitó:

—Lástima que no sea de doce…

CAPÍTULO VI

LAS TIERRAS DE LA SANGRE

Una vez tuvo el «Colt» en la funda, Prince se sintió infinitamente mejor.

Ahora volvía a ser el que siempre fue.

¡Que vinieran a buscarle!

Teniendo un revólver en la funda no temblaba ante nada ni ante nadie.

Entonces, y ya que el asunto del dinero depositado en el Banco estaba parcialmente resuelto, decidió ocuparse de las tierras.

Esperaba que con esto no iba a tener tantas dificultades.

A menos que, ante la larga ausencia del dueño, alguien hubiera ocupado ya aquellas tierras, lo que no tenía nada de improbable.

Dio un rodeo y, volviendo en parte sobre sus pasos, se dirigió al despacho del juez.

Éste tuvo una gran sorpresa al verle. Y no debió ser una sorpresa agradable, porque frunció el ceño.

—¿Qué hace aquí?

—Necesito hablarle, juez.

—Más le valdría haberse largado de la ciudad. Le he dejado suelto porque su culpa consistía en haber matado a unos auténticos granujas, pero tal vez usted no sea mucho mejor que ellos. Hágame caso y ponga tierra de por medio. Cuanto menos le vea por aquí, mejor.

—Verá, no puedo irme, al menos de momento.

—¿Por qué?

—Tengo negocios aquí.

—¿Negocios?

—Usted debe poseer los registros de estas tierras. Por favor, consúltelos.

Y le tendió los papeles que le había dado el director de la prisión. El juez los miró atentamente, sin disimular su sorpresa.

—Vaya… —dijo al fin—. Es increíble.

—Le extraña que yo sea propietario, ¿verdad? A mí también.

—¿Sabe qué tierras son ésas?

—No, ni idea.

—Creo que se trata de las mejores del condado. Por eso son muy codiciadas, y todos los rancheros vecinos ya les habían echado la vista encima. Nadie se las quedaba porque uno vigilaba al otro, pero en cuanto usted aparezca todos se unirán en contra suya. Creo que lo que debería hacer es venderla al mejor postor, sacar lo que pudiera y largarse de aquí.

—Puede que lo haga, juez, pero antes necesito verlas.

—Espere, le mostraré los planos.

Extrajo un enorme y feo libróte encuadernado en el cual se hallaban registradas todas las tierras del condado que tenían propietario. Los títulos estaban también acompañados de croquis bastante completos. Mostró unos a Prince.

—Como ve, las tierras tienen abundancia de agua por su proximidad al río, y además están protegidas por unas colinas de los vientos del Norte. Sus poderosos vecinos no pararán hasta que las obtengan, de modo que hará bien pensando en el consejo que le he dado antes.

Prince tomó papel y lápiz e hizo una sumaria copia de los croquis de aquellas tierras, marcando unos cuantos puntos esenciales para reconocerlas. El juez le dijo que ni eso era necesario, porque los linderos estaban bien señalados.

—Y los registros están conformes —añadió—, de modo que a mí me bastará tomar nota de su título de propietario para que nada tenga que temer, al menos en el terreno legal. La cuestión de su propia seguridad personal ya es otra cosa, y como comprenderá, dada la poca simpatía que le tiene el *sheriff*, yo no puedo garantizársela.

—Lo tendré muy en cuenta. Gracias.

—Ahora espere un momento.

Y el juez copió en el libro la parte más sustancial de los documentos que le mostraba Prince.

Mientras lo hacía, entró un tipo escurridizo y delgado que debía ser su secretario.

—¿Juez…? —musitó.

—¿Qué hay, Sherlock?

—Está otra vez ahí la señora Vance.

—¿Y qué quiere?

—Un pequeño aplazamiento. Se resiste a abandonar la tierra y la casa.

—Ya le he dado tres aplazamientos. Dile que no puedo prolongar esta situación ya más. El propietario me apremia. Si no paga antes de mañana deberá abandonarlo todo.

—Bien. Se lo diré.

Al salir el otro, Prince se creyó en la obligación de musitar:

—Triste situación, ¿verdad?

—Cierto. Esa mujer compró unas tierras y ahora no puede pagarlas. Dio una pequeña cantidad a cuenta, pero desde entonces no ha vuelto a soltar un dólar. Como tiene su vivienda allí, la situación va a resultar muy triste para ella, pero la ley es la ley. Y yo no tengo más remedio que cumplirla.

Prince asintió, pero dijo:

—Tal vez podría hacer un préstamo a esa mujer.

—¿Usted? ¿Es que tiene dinero en efectivo?

—Bastante.

Y le contó lo ocurrido en el Banco Federal y las dificultades que iba a tener para conseguir lo que ya era suyo.

El juez le escuchaba pensativamente.

Al fin murmuró:

—No me extraña lo que dice, porque todos sabemos aquí que Bunsen, director y propietario del Banco Federal, no es un hombre honrado. Ha empezado por usar el nombre de Federal para infundir confianza, como si fuese un Banco oficial, cuando en realidad es estrictamente privado. Sus negocios sucios son muy considerables, pero yo no puedo intervenir porque suele hacer sus manejos sin dejar pruebas. En cambio, el dueño del Banco Americano, situado al otro lado de la ciudad, es un hombre honrado. La gente lo ha empezado a comprender así, y sus negocios son ya mucho más

importantes que los de Bunsen.

Prince sonrió.

—Lástima no tenga el dinero ahí, en lugar de tenerlo en el otro sitio.

—¿Qué se le va a hacer? Pero el Banco Americano tiene en cambio el peligro de que lo roben. Ya lo han intentado varias veces, y por eso está tan bien protegido. Ya habrá notado usted que es una verdadera fortaleza.

—No, no lo he visto aún.

—Pues échele un vistazo. Vale la pena.

El joven asintió.

Estrechó la mano al juez y salió de allí con los croquis de las que ya eran sus nuevas tierras.

Al menos aquello había salido a pedir de boca.

Lo único que tenía que hacer ya era ocuparlas.

Caminó por la ciudad para verla mejor y para echar un vistazo al edificio del Banco Americano, como le aconsejara el juez.

Vio que estaba en las afueras de la ciudad, junto a un gran solar donde no había más edificios que un barracón de madera.

Verdaderamente tenía aspecto de fortaleza.

No sólo estaba construido en sólida piedra, sino que además sus ventanas tenían postigos de acero, y en la puerta había una doble reja de seguridad que se cerraba por las noches. Un par de hombres armados montaban guardia continuamente en torno de aquel edificio.

Prince pensó: «Cuando cobre el dinero, lo ingresaré aquí».

Pero aún le faltaba bastante para eso.

En cambio, no le faltaba nada para conocer a la señora Vance, de la que ya había oído hablar unos minutos antes.

Cuando sus ojos se posaban en el gran solar que había contiguo al Banco, vio que del barracón que ocupaba su centro salía despedido un tipejo ya casi anciano, el cual daba dos vueltas de campana antes de derrumbarse, como si le hubieran atizado, para echarlo de allí, un gancho de los que parten en dos a un caballo.

El tipejo había quedado sin sentido.

Y Prince consideró que su obligación era ayudarle, pues a lo peor, al caer tan aparatosamente, se había partido el cráneo.

Se acercó y se arrodilló junto a él.

—Eh, amigo.

El individuo balbuceaba cosas ininteligibles mientras se rascaba la mandíbula poco a poco.

No tenía nada roto.

Pero había recibido un trompazo de aúpa.

El joven le incorporó un poco.

—¿Qué pasa, compadre? ¿Le han echado por no pagar el alquiler?

—A la que van a echar es… a ella.

—¿A quién?

—A Elena… Y no es eso lo peor. Antes de echarla, la… la… Perdone, pero… no pierda tiempo… Si quiere ayudarla… Hágalo.

—¿Quién es Elena?

—La que vive ahí…

—¿Y quién trata de echarla?

—Por favor, no pregunte más… y ayúdela si puede. Pero tome precauciones… Yo ya soy demasiado viejo… para hacer nada útil.

Prince asintió y se acercó a la casa.

Cuanto más se acercaba a ella, más aceleraba el paso.

Y era natural, porque se oían gritos ahogados y chasquidos de bofetadas.

La tal mujer llamada Elena, no lo estaba pasando demasiado bien.

Y por lo visto no sólo querían echarla, sino también algo más.

Prince por poco derriba la puerta de un puntapié.

Vio que el barracón era muy grande, pero sólo estaba amueblado un rincón del mismo. Sobre el suelo de tablas se veía una modesta mesa de madera, unas sillas, un armario y una cama. Era precisamente en la cama donde tenía lugar una escena que a Prince le hizo lanzar un grito de rabia.

Una mujer todavía bastante joven (Prince le calculó entre los treinta y los treinta y tres años) y desde luego muy bonita (hacia los veinte debió de haber sido una fabulosa belleza), se debatía desesperadamente y trataba de librarse de las acometidas de una especie de oso que ya estaba prácticamente sobre ella y la golpeaba salvajemente, tratando de minar su resistencia, con unas intenciones tan claras que sólo un niño de cinco años no hubiera podido adivinarlas.

Ella gemía entrecortadamente.

Y eran aquellos gemidos los que había escuchado Prince.

Pero se notaba que la mujer estaba al borde de su resistencia y que pronto aquel miserable conseguiría su propósito.

Prince dijo desde la puerta:

—La fiesta terminó, amigo.

El otro, al oír su voz, pegó un brinco y quedó en pie junto a la cama, con los ojos desaforadamente abiertos.

Llevó mecánicamente la derecha a la funda pistolera.

Pero allí no había nada. Había cometido la tontería de desprenderse del revólver antes de comenzar con su «galante» acción.

—No…, no me mate —balbució.

El joven sintió unos irreprimibles deseos de disparar.

Pero no lo hizo. No sólo porque el otro estaba desarmado, sino porque no le convenía tampoco complicar más su situación, mientras se hallará en Rushville.

—Apártate de ahí, bicho.

—¡No…, no tire! ¡Estoy desarmado!

—Eso te salva… por el momento. ¿Quién eres?

—Me llamo Potter.

—¿Y ella?

—Ella es Elena Vance.

Prince recordó haber oído hablar de aquella mujer en el despacho del juez. Una mujer a la que iban a echar de las tierras porque no podía pagar el resto del precio.

—Siento curiosidad —dijo—. ¿Tú eres el propietario de esto? ¿O sólo uno de sus esbirros?

—Soy el propietario.

—Y amas tanto esta tierra que quieres que te entierren en ella.

—Por favor, no tire… Le daré dinero si quiere… Puedo ayudarle mucho.

Prince, por toda respuesta, escupió ostentosamente.

Y el salivazo dio de tal modo en un ojo del otro que por poco le deja tuerto.

Las facciones de Potter amarillearon de odio, pero se guardó muy mucho de iniciar el menor gesto ofensivo.

Por el contrario, se acercó temerosamente a una de las ventanas.

Prince le dejó hacer.

Yel otro saltó, lanzando un chillido de rata asustada, corriendo con peligro de romperse la crisma.

Pero logró desaparecer.

El joven lanzó entonces una carcajada.

La expresión aterrorizada del otro le había divertido. Y al propio tiempo estaba satisfecho por haber podido salvar a aquella pobre mujer.

Ella saltó del lecho, ordenando como pudo sus ropas.

Prince parpadeó.

Era aún muy bonita.

Mucho.

Claro que no podía compararse con Natalie, a la que conociera poco antes. Pero Elena Vance debió de haber sido hasta unos años antes una real hembra, y en cierto modo aún lo seguía siendo.

Con voz temblorosa balbució:

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí.

No creo que en esta maldita ciudad lo hubiera hecho nadie.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ese tipo es el propietario de la tierra que ocupo y de la casucha en que estamos ahora.

—¿Y qué…?

—Yo quería comprar la tierra. Pensaba edificar aquí una casa con jardín. Era el sueño de toda mi vida. Pero las cosas me han ido mal y no he podido pagar más que lo que di de entrada. En esas condiciones, es lógico que traten de echarme.

Prince asintió.

Todo coincidía perfectamente con lo que había oído decir al juez.

—Pero lo que ya no es tan lógico es que ese cerdo trate de aprovecharse de mi situación de mujer indefensa —continuó Elena Vance—. Una vez ya lo intentó y le salió mal. Me dijo que lo probaría de nuevo. Y hoy…

—Hoy le ha salido aún peor —dijo Prince, riendo.

—Lo intentará de nuevo. Ese buitre es un…

—Que lo pruebe —dijo Prince.

—¿Acaso podrá usted impedirlo? —susurró ella, con una expresión ilusionada en sus ojos—. ¿Se va a quedar en la ciudad?

—Es más que probable.

—Lo curioso es que aún no sé su nombre.

—Prince.

—¿A qué se dedica, señor Prince?

—Voy a ser propietario.

—¿De qué tierras? Yo conozco a todo el mundo aquí, y no he oído que se vendiera ninguna propiedad.

—Son las tierras que están al noroeste, limitadas por las colinas y por los llamados Pozos del Álamo.

—Ah… ¿Ésas? ¿Sabe que las llaman Las Tierras de la Sangre?

—Es un nombrecito muy poco agradable. ¿Y por qué se lo han dado?

—Todos los rancheros circundantes se las disputan. Y ha habido ya más de un muerto.

Prince volvió a reír.

—Procuraré no ser el próximo.

—Es usted optimista, ¿verdad?

—Le aseguro que tengo motivos para no serlo. Pero estar triste no sirve de nada.

—Siempre reconforta conocer a un hombre como usted. Yo tampoco tengo motivos para estar alegre, se lo aseguro.

—¿Es viuda? He observado que aquí la llaman señora.

—Sí. Soy viuda.

—¿En qué trabaja?

—Uf… No hay demasiadas posibilidades aquí para una mujer. En esta tierra impera la ley de la violencia, y eso no es lo nuestro. Hago trabajos diversos en un hotel. Desde llevar la sencilla contabilidad que me encarga el dueño hasta cuidar de todos los utensilios. A veces también tengo que limpiar. No crea que mi vida es agradable, no… Pero he de afrontarla con buena cara.

—¿Por qué se complicó la vida tratando de adquirir unos terrenos tan grandes?

—Porque quería vivir dignamente, y además… Bueno, confié en la palabra de Potter. Él me dijo que por facilidades no me preocupara. Pero estaba claro lo que quería: ponerme en una situación desesperada para luego tenerme a su merced.

Prince miró por la ventana a través de la cual había salido tan «elegantemente» Potter.

Se distinguía a poca distancia el Banco y las primeras casas de la ciudad, en el sitio más elegante de ésta.

Aquellos solares representaban una magnífica adquisición, desde luego.

Pero Elena Vance se había enredado con algo muy superior a sus posibilidades, y ahora lo estaba pagando.

—Siento que se encuentre en esta situación —dijo Prince—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Con franqueza, no lo sé.

—¿Necesita un préstamo?

Ella le miró con curiosidad, fijándose especialmente en sus ropas demasiado baratas.

—Pero… ¿tiene usted dinero?

—En el Banco Federal.

—¡Uf! ¡Menudo sitio!

—Ya he tenido ocasión de comprobarlo.

—No se arregla todo con un préstamo —dijo ella sombríamente —. Tendría que ser ahora, hoy mismo, y eso es imposible. Por otra parte, mi vida no tiene sentido. Le prometo que soy la mujer más desgraciada que ha puesto los pies en Rushville.

Sonrió para añadir a continuación:

—Además, he de decirle con franqueza una cosa. No creo que tenga usted un dólar.

El joven rió.

—Puede que no lo tenga, claro, pero de todos modos trataré de ayudarla.

Y salió.

Se sentía muy confuso a causa de todo aquello.

Pero estaba decidido, fuera como fuese, a quedarse en Rushville.

Fue a pie a ver las llamadas Tierras de la Sangre. Hermoso nombrecito.

Mientras la sangre no fuera la suya…

CAPÍTULO VII

UN BESO Y UNA SORPRESA

Había anochecido ya, cuando Prince se instaló en el mejor hotel de la ciudad.

Suponía que era en ése donde trabajaba Elena Vance.

Y, en efecto, la vio.

Estaba en el restaurante del hotel.

Ella cuidaba del buen orden en las mesas y de vez, en cuando suplía a las camareras.

Iba muy atareada.

Se notaba que servía allí para todo y que su vida no debía resultar muy agradable.

Y no sólo por el trabajo.

La clientela del hotel estaba formada por gente adinerada, eso se notaba enseguida.

Pero el tener dinero no significa que se tenga educación. Más bien algunas veces ocurre lo contrario.

Casi todos los que se sentaban en aquel momento a las mesas eran jefes o dueños de manada, cuyos vaqueros estaban en hoteles más modestos. También había rancheros que estaban de viaje. Todos ellos, a causa de sus muchos días de soledad, deseaban la compañía de una mujer.

Y Elena Vance les parecía de primera.

Descaradamente le hacían groseras ofertas en voz alta, de una mesa a otra, y algunos trataban de alargar la mano más de la cuenta.

Era una situación humillante para una mujer. Una situación

absolutamente insoportable.

Prince estuvo a punto de armar un escándalo por todo lo alto, uno de esos escándalos en que acaba reluciendo el «Colt».

Pero ella, que lo notó, le hizo un mohín para que se aguantase. Era muy probable que ya se hubiera enterado de la difícil situación en que el joven se hallaba en la ciudad.

Prince comió de mala gana y luego subió a la habitación que le habían asignado.

Se encontraba en la escalera cuando casi tropezó con Elena Vance.

Ella susurró, tratándole con la mayor confianza:

—Ya notaba que sufrías mucho, Prince.

—Sufría por ti. Esto es intolerable para una mujer.

—Pues aún no has visto nada. Los sábados por la noche se pone del todo imposible.

—Tienes que salir de aquí. Tú necesitas alguien que te proteja, alguien que te ayude.

—«Protegerme» ya quieren.

—No de ese modo.

—Ya sé lo que quieres decir, Prince, pero la realidad es la realidad. ¿Quién quieres que cuide desinteresadamente de una mujer como yo? ¿Lo harías tú? Dime…, ¿lo harías tú?

Prince se mordió el labio inferior nerviosamente.

Se sentía confuso. Se sentía humillado también.

Y dolorido.

Dio media vuelta y, en lugar de dirigirse a su habitación, salió a la calle.

La ciudad estaba muy animada, pero casi no lo notó. Pocas veces se había sentido tan nervioso como ahora. Anduvo a lo largo de la calle principal, sin entrar en ninguna parte, y al doblar una esquina más oscura tropezó con alguien.

Alguien cuyos ojos brillaron al verle.

Y cuyos labios se entreabrieron para susurrar:

—Prince…

El joven parpadeó.

—Hola, Natalie. Bonita sorpresa…

—Para mí no lo ha sido. Yo te buscaba.

—¿Me buscabas? ¿Y para qué…?

—Para esto.

Entreabrió los labios y besó fuertemente la boca de Prince.

Éste, en el primer momento, no supo qué pensar. Estaba tan sorprendido que no reaccionó.

Pero luego sí que lo hizo.

¡Vaya si reaccionó!

Sólo a la casualidad se debió el que Natalie no muriera por falta de aire en los pulmones.

Al fin se separaron.

Ella estaba roja como una amapola.

Y Prince musitó:

—No estoy acostumbrado a estos obsequios, muñeca.

—Ni yo los hago.

—Entonces éste… ¿por qué?

Natalie musitó:

—¿No lo adivinas?

—Pues… no.

—Te estoy muy agradecida, Prince. De verdad que te estoy muy agradecida.

—Pues no veo la razón. Yo no he hecho nada por ti.

—¿Y aún dices que no? ¿Es que no das importancia a tus propios actos? Has evitado que ultrajaran a mi madre…

CAPÍTULO VIII

HA NACIDO UN RANCHO

El banquero Bunsen estaba en su despacho del Banco Federal, donde había recibido por primera vez a Prince. Pero ahora lucía su sonrisa más zorruna.

—Pase, señor Prince. Pase y siéntese, por favor.

—Gracias. Estaré de pie.

—¿Qué pasa? ¿No quiere usted seguir siendo cliente de mi Banco?

—En cuanto cobre me largo.

—Pero no podrá llevar tanto dinero siempre encima… ¿Dónde lo va a depositar?

—En el Americano.

—Ah, vaya, ya salió. Mis mortales enemigos… Está bien, Prince, haga lo que quiera, pero no podrá tener quejas de mi actitud. Le pago a los dos días exactos de presentarse usted aquí. Dos días, como le dije…

—Me paga porque no ha podido matarme.

—Vaya, hombre… ¡Pero qué desconfianza tiene! ¿Usted ha creído que los banqueros somos unos asesinos?

—Muchos de ustedes son unos asesinos que le despachan a uno con una bala de oro.

—Me está ofendiendo, Prince.

Prince asintió:

—Sí. Le estoy ofendiendo.

Pensó que el otro reaccionaría.

Pero nada de eso. El banquero se calló.

Era una serpiente, y las serpientes sólo atacan en el momento más propicio.

—Tome, Prince. Aquí está su dinero. Cuéntelo.

—Claro que lo contaré… compañero.

Lo hizo rápidamente, porque tenía experiencia. Debido a su buena conducta, había sido cajero en la cárcel.

Metió los fajos de billetes en un maletín que ya llevaba preparado y susurró:

—Hasta nunca, Bunsen.

—Hasta cuando usted quiera…, señor.

El joven salió.

No era tonto.

Comprendía que si el otro le había pagado era porque seguía con el deseo de matarle y de volver a apoderarse del dinero. Le liquidaría muy pronto si no ponía a buen recaudo el dinero.

Por eso fue hacia el Banco Americano sin perder un momento.

Cuando dijo que iba a ingresar doscientos cincuenta mil machacantes en efectivo, el cajero se quedó amarillo.

—Le recibirá el director —tartamudeó—. Claro que sí, señor… ¡Le recibirá el director enseguida!

Y Prince fue introducido en un lujoso despacho.

Recordaba los tiempos en que solían llamarle al despacho del director de la cárcel.

¡Cómo había cambiado todo!

Claro que allí, al menos, no corría peligro de que le matasen, mientras que aquí…

El director, que al mismo tiempo era propietario del Banco, le causó una magnífica impresión.

Se trataba de un hombre rudo, directo, que debía haber sido ranchero años antes. Tenía la característica franqueza de los verdaderos hombres del Oeste. Dijo enseguida a Prince que si quería montar un rancho podía darle un préstamo, además de disponer del capital depositado.

—Creo que no voy a necesitarlo. Como ya poseo las tierras, con esto es suficiente para la instalación. Soy el dueño de las que llaman Las Tierras de la Sangre.

—Hum… No va a ser un asunto agradable, amigo. Tendrá malos vecinos.

—Soy un hombre razonable y sabré llegar a un acuerdo con ellos. Pero si no hay acuerdo… habrá revólver. Aunque no soy un matón, el plomo tampoco me asusta.

—¿Ya tiene equipo?

—Lo contrataré enseguida.

—Vaya con cuidado y no vacile en pedirme consejo. Yo conozco a todo el mundo aquí.

—¿Por qué dice eso?

—Hum… Por casi nada. Porque es muy posible que los vaqueros que usted contrate sea ya gente a sueldo de sus propios vecinos y enemigos. Son gente que piensa en todo.

—Hum… En cambio, yo no había pensado en eso. ¿No dude que le consultaré? Y le agradezco de verdad el consejo.

—Especialmente tenga cuidado con el capataz.

—Ése ya lo tengo elegido.

—¿Sí? ¿Quién es?

—No creo que lo conozca. Es un tipo algo extraño que no vive aquí. Se hace llamar «Colt».

—Jamás lo oí nombrar.

—Yo tampoco, hasta hace breves días. Pero es un tipo de absoluta confianza. Y, ahora, buenos días. Cuando ya estaba en la puerta, el banquero le dijo:

—Oiga… Me gustará estar en su rancho, cuando lo inaugure. Espero que me invite a la ceremonia.

—Claro que sí. Y también me agradaría invitarle a algo más. Como no conozco apenas a nadie aquí, me veo obligado a pedirle esto: ¿quiere ser testigo de mi boda? El banquero hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo? ¿Va a casarse?

—En efecto, dentro de muy pocos días.

—¿Con una mujer de la ciudad?

—Sí.

—¡Y decía que no conocía a nadie…!

Prince sonrió.

Y salió definitivamente.

Pero al abrir del todo la puerta, que hasta aquel momento había tenido entornada, estuvo a punto de tropezar con una muchacha. Ella iba a entrar en el despacho. Y no le cupo duda de que acababa

de escuchar las últimas palabras.

—¡Natalie…!

La expresión de Natalie era embelesada.

Musitó:

—Prince…

Se notaba que no era capaz de decir una palabra más.

—¿Adónde vas, Natalie?

—Traigo un recado. Vengo aquí cada dos días, a ingresar la recaudación del sitio donde trabajo.

—Celebro haberte encontrado, Natalie.

Le dio un cachetito en la mejilla y salió.

Fue al hotel donde se hospedaba. Llevaba ya dos días viviendo en él.

Una vez en la puerta, fue a encender un cigarro pensativamente.

Pero no tuvo tiempo.

Natalie, que llegaba muy acalorada y con los ojos llenos de ilusión, se lanzó casi en sus brazos.

—¡Prince!

—¿Tú aquí, Natalie?

—¿Te extraña que haya venido a toda prisa?

—Pues…, pues no, claro que no.

—Lo he oído todo.

—Ya lo he imaginado, al ver que estabas detrás de la puerta. La he entornado sin darme cuenta al decir las últimas palabras. Iba a salir.

—Prince, no sabes la…, la ilusión que tengo.

—Lo celebro, Natalie.

—¿No me besas?

—Sí. Creo que debería hacerlo.

La acercó un poco hacia sí, entre sus poderosos brazos, y la besó en la frente.

Ella se retiró al instante.

Parecía como si la hubieran abofeteado.

No lo entendía. En sus ojos brillaba una lucecita de incomprensión.

—Prince…

—¿Qué, Natalie?

—¿Me besas… de ese modo? ¿Por qué tanta timidez? ¿Es que no

voy a ser tu mujer?

Prince se volvió levemente.

Alguien estaba en el vestíbulo del hotel, junto a la puerta.

Alguien que les miraba fijamente.

Era Elena, la madre de Natalie.

Sus ojos brillaban quedamente.

Prince la miró también con fijeza.

Con una insólita fijeza.

Y musitó:

—Necesitaba decírtelo cuanto antes, Elena. Te buscaba para eso. ¿Quieres ser mi esposa?

CAPÍTULO IX

EL CAPATAZ

La bala ladró por encima de la llanura, arrancando al aire, antes de estrellarse, una especie de último y lastimero aullido. Por fin se empotró en la tierra, y en aquella zona del rancho se hizo un largo y angustioso silencio.

Prince se puso la mano abierta por encima de los ojos para ver mejor. Sabía que la próxima bala podía atravesarle, porque habían disparado con un rifle de gran calibre. Pero eso no le importó.

Distinguió en la distancia la silueta del jinete que se alejaba a galope, ocultándose entre las colinas.

Ya no hubo más disparos.

La paz volvió sobre el rancho, donde parecía no haberse escuchado un disparo jamás.

El hombre que estaba junto a Prince murmuró:

—Cuando oigas un disparo de ésos, échate al suelo. La próxima bala puede ser para ti.

—O para ti.

«Colt», que era el que estaba a su lado, rió amargamente.

—A mí no me importaría, Prince.

El joven le tendió un cigarro.

A poca distancia, los caballos pacían entre los altos tallos, sin inquietarse por los disparos. Al fondo se distinguía un edificio blanco al que unos cuantos vaqueros daban los últimos toques de pintura.

Prince musitó:

—¿Qué crees que ha sido ese disparo? ¿A qué piensas que era

debido?

—Querían asustarte simplemente. Cualquiera de tus vecinos ha enviado a un hombre con un rifle para indicarte que se acuerdan de ti. Eso indica que habrá guerra, y que la guerra será sin piedad. De todos modos, ya lo sabías.

Prince asintió.

—No sé hasta qué punto te he hecho un favor al llamarte, «Colt». El cargo de capataz de este rancho va a ser demasiado peligroso.

—Si es por eso, no te preocupes. A mí no me importa morir.

—Pero no quiero sacrificar a nadie.

«Colt» sonrió.

Su sonrisa era horrible en aquella cara quemada. Uno hubiese preferido no verla.

Pero sin embargo había en sus ojos una cálida y dulce humanidad. Si uno se fijaba en sus ojos, llegaba a olvidarse de todo lo demás.

Señaló hacia las tierras y el edificio del fondo, que destacaba poderosamente en el verde esmeralda de la llanura.

—El rancho va tomando forma —dijo—. Las tierras están en su mejor época, y tú has conseguido formar un buen equipo de vaqueros. En un tiempo récord has logrado que te construyeran una casa. Eres un hombre afortunado, Prince. Debes procurar que no te maten, ahora que empiezas a tener algo en la vida.

—Cuando uno teme a la muerte, es cuando la muerte le alcanza —susurró Prince—. Siempre lo he visto en el Oeste y siempre lo he creído así. Y ahora una cosa importante, «Colt».

—Dime.

—Mejor dicho, son dos cosas.

—Habla, hombre, habla…

—Verás… Eres mi capataz y mi hombre de confianza y aún no sé tu verdadero nombre.

—Llámame «Colt». ¿No te basta?

—Con franqueza, no.

—Está bien, quizá algún día te lo diga. Pero olvida de momento esa cuestión, muchacho, porque no es tan importante. ¿Qué más querías decirme?

—Hasta ahora has procurado que nadie te viera. Mandas a los

hombres a distancia, te tapas la cara con el ala del sombrero y evitas que la gente te vea de cerca. Comprendo tu actitud, porque tuviste la desgracia de que se te quemase la cara y no deseas exhibirla. Pero hoy es un día especial, «Colt». Hoy voy a casarme. ¿No quieres asistir a mi boda? ¿No quieres ser testigo?

El capataz movió la cabeza negativamente.

—Gracias, Prince, pero no quiero.

—¿Insistes en que nadie te vea?

—Lo prefiero.

—Está bien, no trato de violentarte. Pero me hubiera gustado que te unieras a nosotros. Que fueses uno más.

—Mejor estoy así, Prince, gracias.

El joven no quiso insistir.

En aquel momento vieron un lujoso carruaje que se acercaba al edificio pintado de blanco.

Prince se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Diablo, se me ha hecho tarde… He de cambiarme.

—¿Es la novia?

—No. Es el banquero Bradley, el del Banco Americano, al que pedí que fuera testigo de la boda. La novia llegará de un momento a otro. Me ha pedido que la boda se celebrara en la mayor intimidad y dentro de ese rancho que va a ser de los dos. Y en la mayor intimidad lo celebraremos todo, pero al menos he de ponerme una camisa limpia. ¿De verdad no quieres venir, «Colt»?

—No, de verdad… Estoy mejor así.

Y se quedó mirando con los ojos entrecerrados mientras Prince se alejaba.

Con unos ojos entrecerrados en los cuales se dibujaba una extraña expresión.

Una expresión que nadie hubiera comprendido.

La ceremonia fue muy íntima, tanto que sólo asistieron a ella media docena de personas, además de los contrayentes y el juez desplazado al rancho para casarlos.

Eran las seis de la tarde cuando Elena Vance dejó de ser viuda para transformarse en la señora Prince.

Además del banquero Bradley asistieron dos viejos vaqueros, un ayudante del juez, el dueño del hotel donde había trabajado Elena y la hija de ésta, Natalie, que estaba en un ángulo de la sala y no dijo

una palabra ni miró a ninguna parte.

La ceremonia se celebró en una de las pocas habitaciones del rancho que estaban completamente terminadas, y que iba a ser el vestíbulo y sala de estar de la nueva mansión. Después, por deseo expreso de Elena, que no quería celebrar ninguna fiesta, todos los vaqueros del rancho tuvieron una comida extraordinaria con gran abundancia de jarras de cerveza, pero los recién casados no asistieron a ella. Simplemente se encerraron en el dormitorio del rancho.

Oscurecía pronto en aquella época del año.

Tal vez demasiado pronto.

Por eso la luz de la habitación donde estaban los dos brilló en la oscuridad de la noche como si fuera una misteriosa llamada.

Y por eso los ojos de Natalie la miraron fijamente, casi hipnóticamente.

Hasta que aquella luz se extinguió poco a poco…

CAPÍTULO X

UNA MUJER EN LAS SOMBRAS

Prince salió y respiró profundamente, llenando sus pulmones de los efluvios frescos de la noche. La hierba fresca despedía un perfume especial, excitante. El susurro del viento entre los tallos era como una música que cualquier habitante del Oeste hubiera sabido apreciar. Y Prince había vivido en el Oeste toda su vida…

Miró hacia el cielo. La luna estaba ya muy alta. ¿Qué hora podía ser? ¿Las doce de la noche? ¿La una de la madrugada? Lo cierto era que había perdido la noción del tiempo.

Iba vestido casi como cuando se casó.

Pero ya no llevaba levita. Iba en mangas de camisa y con el chaleco desabrochado.

Fue a poner un cigarro entre sus labios.

Y de pronto éste resbaló hasta el suelo, mientras miraba aturdido frente a sí, hacia las sombras.

—Natalie… ¿Qué haces aquí?

Ella trató de huir, doblando la esquina del edificio, pero Prince le cortó el paso.

—Natalie… Pensé que te habías ido.

Ella no contestó.

Se había apoyado en la pared y miraba al vacío con los ojos perdidos en la lejanía, como si nada sintiera y como si nada le importase.

—Natalie…

Ella tampoco contestó.

—Natalie, habíamos acordado que vivirías con nosotros, pero

que esta noche te quedarías en la ciudad.

—Lo sé.

—¿Pues por qué estás aquí?

—Me he retrasado.

El suspiró, mientras dejaba de mirarla porque pensó que así la muchacha se sentiría mejor.

—¿Puedo hacer algo por ti? —musitó al cabo de unos instantes.

—Nada.

—Quizá no te ha gustado asistir a la boda.

—Era mi obligación, ¿no? —preguntó ella abruptamente.

—Si te pedí que vinieras fue para no causarle un disgusto a tu madre.

Natalie se mordió el labio inferior, mientras hacía esfuerzos por no decir lo que llevaba como clavado entre los dientes. Pero al fin no pudo más y lo dijo.

—¿Cuántos años tienes, Prince?

—Te lo dije una vez: Veinticuatro, veinticinco…

—¿Sabes cuántos tiene ella?

—Supongo que treinta y tres.

—¿Y vas a hacerme creer que la amas?

Prince no contestó.

Le herían, le inquietaban aquellas preguntas tan directas y que le hacían afrontar uno de los problemas más graves de su vida.

—No siempre hay que mirar la edad —dijo al fin.

—Pues si no siempre hay que mirar la edad, supongo que estaréis pasando una luna de miel estupenda.

Prince tampoco contestó.

Sus facciones parecían haber palidecido entre las sombras de la noche.

—Dime —insistió ella—. ¿Estáis pasando o no una soberbia luna de miel?

—Tu madre ha querido que todo sucediera… en la mayor intimidad.

—¡Yo no te hablo de la ceremonia! ¡Te estoy preguntando otra cosa!

La muchacha estaba perdiendo el difícil control de sus nervios. Se excitaba cada vez más.

Prince musitó:

—Por Dios, Natalie, no hablemos de eso ahora.

Pero ella ya no podía contenerse. Sus dientes casi rechinaban. Sus facciones se iban volviendo lívidas.

—¿Por qué os habéis separado ahora? —preguntó—. ¿Por qué le has dejado? Porque ya no podías soportar seguir viéndola, ¿verdad?

—Por favor, Natalie, sé sensata. Tu madre ha sido una mujer de gran belleza y todavía lo es. Tu madre podría volver loco a cualquier hombre… incluso a mí. Y sobre todo respétala. Es tu madre y es mi mujer.

—¿Pero la amas…? —la muchacha casi gimió, llevándose las manos a la boca—. ¿Amas a esa… a esa…?

—¡Calla!

—Tú no sabes lo que ha sido estar aquí —dijo Natalie abruptamente, hundiendo la cabeza sobre el pecho—. No sabes lo que ha sido estar aquí horas y horas esperando, sabiendo que vosotros…

—Te ruego que calles.

—No me digas que te ha hecho feliz. No me digas que encima la amas. Si la has dejado sola es porque…

Prince fue a dar media vuelta para irse.

No quería seguir hablando de aquello.

Pero ella le retuvo con un seco gesto y se encaró al joven. Sus ojos llameaban.

—¡Dímelo! ¡Quiero saber si la amas! ¡Quiero saber si todo es verdad! ¡Dime si amas a esa puerca!

Prince no supo por qué lo hacía.

Pero sintió que su derecha se movía de repente.

La bofetada sonó seca, cortante, en la calma de la noche.

Natalie cayó al suelo pesadamente, con los labios bañados en sangre.

Prince tuvo que cerrar los ojos.

Se sentía avergonzado de sí mismo. Pensaba que ojalá se lo hubiera tragado cien veces la tierra.

Ella se puso en pie poco a poco.

Le miraba, pero no con odio, ni con excitación, ni con dolor.

Sólo había un vacío terrible en sus ojos.

Prince susurró:

—Te suplico que me perdones… Mi primer acto como padrastro

tuyo ha sido hacer esto… Me siento avergonzado de mí mismo, te lo juro.

—No pienses en ello. Eres tú quien debe perdonarme a mí.

Y fue a alejarse.

—Adiós, Prince. Me lo merecía. Conste que me lo merecía. No soy más que una chiquilla mal educada. Perdóname.

—Natalie…

Ella se detuvo.

Parecía haber chocado contra un muro de sombras.

—¿Qué quieres, Prince?

—Creo que te debo una explicación. Tú y yo nos besamos un día.

—Nadie… quería recordar ya eso.

—Verás… Tal vez pensaste que nos casaríamos los dos. Y posiblemente también yo lo pensé. Era lo lógico. Era además lo que deseaba en el fondo de mi corazón.

—¿Lo… deseabas, Prince?

—Creo que sí. Creo que lo deseaba con toda mi alma. Te estoy desnudando mi corazón, Natalie, porque tú lo mereces. Tú eres una chica que ama la verdad y a la que sería indigno mentir. Yo deseaba una cosa, pero uno no puede hacer siempre lo que quiere. O, mejor dicho, no debe hacerlo.

—¿Qué tratas de decir?

—Tú ya sabes que los últimos años los he pasado en la cárcel. Cometí una serie tan enorme de pequeños delitos que me convertí en algo así como el enemigo público número uno de todos los alcaldes y todos los gobernadores del estado. Era un joven aventurero y rebelde. No podía soportar las mentiras y las ridiculeces de la vida diaria.

Hizo crujir un momento sus nudillos y prosiguió pensativamente:

—En la cárcel conocí a un viejo tramposo llamado Fuller. Era un buen tipo, un hombre entero de verdad, aunque cumplía condena por no sé cuántas cosas. El me hizo comprender que en el mundo hay una enorme colección de personas desgraciadas que necesitan cariño y ayuda. Y me demostró que mi rebeldía podía haber estado mejor aplicada a otras cosas.

Ella le miraba con los ojos entrecerrados, en silencio.

—Sigue —musitó.

—Por fin Fuller me dio una gran sorpresa. Me nombró su heredero y me convirtió en millonario. Ciertamente, yo no lo esperaba. Y en su testamento me dijo que procurara emplear aquella fortuna para el bien.

Hizo crujir otra vez sus nudillos suavemente.

—Cuando vine aquí conocí a tu madre, ¿sabes? Era la mujer más desgraciada de la ciudad, todo se confabulaba contra ella. Habían intentado hasta ultrajarla… Y entonces decidí que no sería desgraciada nunca más. Que yo le daría mi nombre, mi cariño y mi ayuda. Y por eso me he casado con ella, Natalie. Tú… lo tienes todo. Tú encontrarás un día un hombre que te quiera y que te haga feliz. Ella, en cambio, ya no. Por eso me casé con ella, Natalie. Por eso…

Natalie había contenido la respiración.

Sus ojos estaban nublados, quietos.

Tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—Prince, lo que estás haciendo es el sacrificio de tu vida.

—No me importa.

—Ella será feliz, pero…, pero…

—Por favor, no hablemos más de eso, Natalie.

Ella, en efecto, ya no habló más.

Ahogó un gemido, mientras se llevaba ambas manos a la boca. Y se perdió entre las sombras.

CAPÍTULO XI

LA CIUDAD PELIGROSA

A la mañana siguiente, Prince montó en el caballo que había comprado el primer día de su llegada a Rushville y que fue uno de los motivos para que ingresara en la cárcel, al haberlo robado con anterioridad. El corcel, aunque algo cojo, trotaba magníficamente y trataba de demostrar por todos los medios lo agradecido que estaba a su dueño. Éste le palmeó afectuosamente el cuello y contorneó con él los límites del rancho, observándolo todo.

No parecía que se hubiera casado el día anterior.

Para él, aquél era un día de trabajo normal, como los otros. La misma Elena se lo había pedido.

Como Prince se había levantado prácticamente al amanecer, cuando llegó al edificio del rancho, completamente pintado de blanco, el sol aún estaba algo bajo.

La única persona a la que encontró, pues aún no era hora de iniciar las faenas, fue a «Colt».

«Colt» llevaba, como de costumbre, el sombrero muy bajo, tratando de ocultar su rostro.

Lo cual era una equivocación.

Porque así lo único que ocultaba era la luz y la vida que había en sus ojos.

Saludó a Prince.

—Hola, patrón.

—No me llames así, hombre.

—¿Cómo he de llamarte?

—Somos amigos, ¿no? —rió Prince—. Además, te debo la vida.

—Y yo te debo algo más, Prince. Eres el único hombre que no se ha impresionado ante mi cara y mis manos. El único que me ha ayudado y me ha tratado como un hombre normal, sin querer darse cuenta de que soy un monstruo.

—Quítate esas manías de encima, hombre. Eres una persona estupenda. Y no hablemos más de eso.

—Haría cualquier cosa por ti, Prince.

—Pues no te va a faltar ocasión para hacerla. Aquí hay mucho trabajo —dijo riendo el nuevo dueño.

—¿Has visto ya cómo está todo?

—Sí. Por cierto, los bosques de frutales del Sur son magníficos. Durante estos últimos tiempos han estado descuidados, pero aun así habrá una gran cosecha. Y las charcas para abrevar el ganado están llenas a tope. Los sementales que compramos ya han bebido. Conviene que beban por la noche otra vez, pero…

—¿Pero qué?

—Mira, «Colt», aquello hay que cuidarlo bien porque podrían causamos un gravísimo daño si quemaran los frutales y envenenaran las charcas. De algunos hombres de los que componen nuestro equipo no acabo de fiarme, y por eso me gustaría que vigilaras personalmente tú. Además, estarás solo, que es lo que has preferido siempre.

—De acuerdo, Prince, ¿voy ahora?

—Sí, yo creo que será mejor. Cuando sea la hora de distribuir a la gente, yo organizaré el trabajo y luego iré a la ciudad.

—¿Para qué?

—Necesito sacar un poco más de dinero del Banco y comprar unas cuantas cosas. En un rancho que se está organizando, todo son problemas.

—De acuerdo, patrón.

—¡Oye, mameluco! ¡A ver si aprendes de una vez a tratarme como un amigo!

«Colt» produjo un chasquido con dos de sus dedos quemados.

E hizo una pregunta que Prince no esperaba, una pregunta que dejó perplejo al joven.

—¿Cómo se encuentra Elena?

—¿Por qué?

—¿Es feliz?

—Pues… supongo que sí. Pero no sé por qué preguntas eso, «Colt».

—Ha sido vuestra noche de bodas.

Prince arqueó una ceja, mientras trataba de sonreír.

—Pareces triste, «Colt». ¿Qué te pasa?

—Nada… Es una tontería. Perdona.

Prince se lo quedó mirando largamente, hasta que el otro no fue más que un punto en el horizonte.

Luego él se encogió de hombros, también sin alegría.

Y se dirigió poco a poco hacia el edificio blanco.

Una vez en Rushville, se dirigió al almacén y compró unas cuantas cosas, encargando que se las embalaran mientras iba a buscar dinero. Luego se dirigió al Banco, pero antes compró un periódico de los que cada mañana llegaban a la localidad.

No había demasiadas cosas nuevas, si se exceptuaban los atracos que ya eran habituales en el Oeste. Y un pequeño sismo en Topeka, que había derribado unas cuantas casas y producido tres muertos.

Cuando entró en el despacho de Bradley, el joven le enseñó el periódico.

—¿Ha leído?

—Sí, lo del sismo… Lamentable, pero cualquier ciudad está expuesta a eso.

—Se me ha ocurrido pensar una cosa.

—¿Cuál?

—¿Imagina lo que ocurriría si un día un terremoto hundiera este Banco? Tiene fama de ser el más seguro del estado y, sin embargo, todo el mundo podría llevarse entonces los billetes que quisiera.

Bradley rió.

—No hay peligro de que eso suceda, amigo. El Americano no sólo es el Banco más seguro por su construcción y por su vigilancia, sino que además está edificado sobre sólida roca. Toda la población se iría al diablo y nuestro Banco quedaría incólume. Es una garantía, ¿no?

Mostró un balance a Prince.

—Usted es de confianza y quiero que lo sepa: En este momento tenemos un millón y medio en efectivo, mientras que el Federal sólo tiene ciento cincuenta mil. Su dueño es un mal bicho, mientras que la gente tiene confianza en mí. Claro que, si ese hombre del que

hablamos pudiera hacerlo, me mataría. Pero, en fin, no podrá. ¿Tiene mucho trabajo en la ciudad, amigo?

—El normal.

—Vaya con cuidado.

—¿Por qué?

—Yo estoy seguro de que preparan algo contra usted. No puedo precisar en qué consiste, pero el ambiente no me gusta.

—Seguiré su consejo, Bradley. Tendré cuidado.

El banquero le acompañó hasta la puerta.

Desde allí señaló el solar contiguo, que había sido causa de los problemas de Elena Vance, y en el que aún continuaba, por supuesto, el barracón donde ella vivió.

—¿Que ha pasado con esos terrenos? —preguntó—. ¿Al final se los queda su esposa?

—Sí. No ha querido desprenderse de ellos, y yo he pagado lo que se le debía a Potter.

—Un mal bicho ese Potter, ¿eh? Me han dicho que incluso quiso abusar de Elena.

Y al instante, dándose cuenta de que aquella frase podía haber molestado a Prince, susurró:

—Perdone.

—No se preocupe, las canalladas de Potter son cosa sabida aquí, de momento que no me ha ofendido. Mi mujer le odia con toda su alma, y en cuanto a mí, quizá algún día me vea obligado a matarle. Pero ése es un asunto que ya llegará. Adiós, señor Bradley.

—Adiós, amigo.

Prince se alejó hacia el centro de la ciudad.

Antes se fijó en que, de la casa en que había vivido Elena, salía un carro cargado de sacos vacíos. Seguramente Elena había dado orden de que limpiaran aquello. Como el barracón había sido antiguamente un almacén, aún debían de quedar allí muchas cosas que ella no tuvo oportunidad de desalojar.

El joven dejó de pensar en ello.

Llegó al centro de la ciudad.

Allí un vejete que estaba apoyado en un porche, y que era tal vez el habitante más antiguo de Rushville, le saludó.

—Hola, señor Prince.

Prince le miró.

Lo había visto antes un par de veces. Era uno de esos tipos que han visto fundar una ciudad y que lo saben todo acerca de ella. Fumaba incansablemente su pipa y de vez en cuando lanzaba al aire terribles salivazos que, mientras volaban por el aire como una andanada, llegaban a oscurecer la luz del sol.

Repitió:

—Hola, señor Prince.

—¿Qué hay, abuelo?

—Quería decirle una cosa.

—Dígala, hombre.

—Pensaba que usted era un hombre honrado.

El joven parpadeó.

Por unos momentos pareció bastante sorprendido, pero al fin sonrió y dijo:

—Si se refiere a que he estado en la cárcel, eso es algo que nunca he tratado de ocultar.

—No, no me refiero a eso. Yo también he pasado temporadas en la cárcel, al fin y al cabo. Le estoy hablando de otra cosa.

—La verdad, abuelo, me sorprende. ¿De qué demonios me habla?

—¿No lo sabe?

—Vamos, abuelo, explíquese de una maldita vez…

Pero Prince se quedó con las dudas, porque antes de que el vejete hablara, apareció el *sheriff* en el porche. Su oficina estaba muy cerca.

—Hola, Prince. ¿Qué pasa con ese viejo? La mitad de los días va bebido. ¿Ya le está molestando?

—No, no me molesta. Parece que quiere decirme algo.

—Envíelo al cuerno. Y ahora, por favor, venga a mi oficina. Quiero hablarle de algo.

—Muy bien, *sheriff*.

Y el joven se dirigió al lugar que le indicaban, pero antes miró al vejete, que se limitó a escupir ostentosamente al aire. Y por un momento pareció como si el tiempo se hubiese puesto nublado.

Prince entró en la oficina. El *sheriff* le indicó un asiento ante su mesa y de espaldas a la puerta que daba al departamento de celdas. Pero desde allí Prince veía la calle, que era lo que le interesaba. De otro modo no hubiera acabado de sentirse seguro. Cualquier tipo

que pasase por allí podía clavarle una bala por la espalda.

El *sheriff* murmuró:

—Quería darle una explicación, Prince.

—¿Sobre qué?

—Es posible que usted me odie. Reconozco que no me porté como debía portarme.

—Mire, *sheriff*, no se ofenda, pero tengo la sensación de que usted calibra a la gente según el dinero que posee. Cuando yo no llevaba un dólar encima, quiso colgarme. Cuando me ve convertido en un ranchero rico, me da explicaciones. Más vale que lo dejemos. No se moleste. Pienso causarle muy pocas molestias, de modo que usted y yo podemos vivir en paz.

El *sheriff* fue a contestar algo, con la mejor de sus sonrisas, pero no pudo.

En aquel momento uno de sus ayudantes entró en la oficina llevando a un tipejo sujeto por el cogote.

El tipejo tarareaba alegremente. Debía de estar más borracho que una cuba.

—*Sheriff* —dijo el ayudante—, este hijo de perra estaba armando jaleo en todos los *saloons* de la calle principal. Le han ido echando de uno tras otro, hasta que ha caído en mis amorosos brazos. ¿Qué hago con él? ¿Lo encierro?

—¿Y lo preguntas? En la mazmorra se le pasará la merluza. Hala, adentro con él.

El ayudante gruñó:

—Vamos, tú…

Y lo metió en una de las celdas, cerrando con llave y saliendo seguidamente.

El *sheriff* volvió a sonreír.

—Si puedo ayudarle en algo, Prince…

—Creo que no puede ayudarme en nada, pero agradezco su buena intención.

El joven extrajo el reloj que se había comprado y miró con atención la hora.

—Diablo, se me ha hecho tarde —dijo—. Tendré que…

Pero no llegó a terminar la frase.

De pronto todo su cuerpo se contorsionó en el aire.

Derribó la silla. Pareció volar hasta aplastarse en tierra, todo ello

en fracciones de segundo.

Las dos balas pasaron por encima de su cabeza, rompiendo la pata de la mesa del *sheriff*, y atravesando el aire, justo por el sitio donde antes estaba Prince.

Hubieran sido dos balas mortales.

Sólo la diabólica agilidad de Prince le salvó. Su agilidad… y el haber tenido la suerte de sacar el reloj en aquel momento, haciendo que en su esfera negra se reflejase todo lo que tenía a su espalda, en especial la puerta abierta del departamento de celdas.

Desde el suelo, Prince disparó dos veces también, apoyando el cañón del «Colt» en su antebrazo izquierdo.

El «borracho», que empuñaba un revólver desde detrás de los barrotes, lanzó un aullido de dolor. Lo único que pudo gritar luego, mientras se desplomaba, fue:

—¡She… riff!

Y ya no se movió más.

Una de las balas le había atravesado el corazón.

El *sheriff* llevó repentinamente la derecha a la culata, mientras su ayudante aparecía en la puerta.

—¿Qué? ¿Ya está todo listo? —preguntó alegremente.

Quedó helado al ver vivo a Prince.

Instantáneamente hizo lo que había hecho el *sheriff*: llevar la derecha a su revólver.

Pero ya no llegó a tiempo.

Prince se había dado cuenta de que el verdadero peligro venía de allí y acababa de disparar de nuevo, apoyando el cañón en su antebrazo izquierdo.

También esta bala fue mortal.

El ayudante se desplomó lanzando un aullido, mientras hacía fuego con un último espasmo, pero clavando inútilmente la bala en el techo.

Mientras tanto, el *sheriff* ya tenía la mano sobre la culata.

Pero no llegó a «sacar».

Prince había girado con tanta velocidad como la cola de un escorpión, encañonando a la cabeza del representante de la ley.

—Poco a poco, *sheriff*.

Los dedos de éste se arquearon.

Sus labios temblaron espasmódicamente.

—No…, no dispare, Prince.

—No voy a hacerlo… aún. Ponga las manos sobre la mesa.

—Haré lo que usted quiera. Lo… lo que usted quiera.

—Por ejemplo, va a hablar.

—¿De qué?

—Contestará a mis preguntas.

—No…, no tengo nada que decir.

—Al contrario, *sheriff*. Tiene para cantar una ópera entera. Su plan era bonito y no ofrecía riesgos, ¿verdad? Un detenido borracho que lleva oculto un revólver sin que nadie lo sospeche. ¡Quién iba a imaginarlo! Ese detenido dispara contra un hombre que estaba con usted, y usted, claro, es inocente. Luego empezará a lanzar gritos y a decir que va a cargarse al maldito borracho, pero el juez interviene y se abre un proceso legal. Hasta que una noche el detenido se escapa después de haber cobrado una bonita suma, o quién sabe si tiene mala suerte y usted decide ahorrarse la recompensa. En ese caso el pobre hombre amanece ahorcado en su celda y entonces se explica a todo el mundo que ha habido suicidio. Asunto resuelto, ¿eh?

El *sheriff* estaba mortalmente pálido.

—No sabe lo que dice, Prince.

—Claro que lo sé, puesto que me limito a decir lo que he visto. Y ahora viene la pregunta: ¿Por cuenta de quién trabaja, *sheriff*? ¿Quién le ha pagado por hacer esto? ¿Quizá el dueño del Federal?

—Pues…, pues no.

—Hable, *sheriff*. Mi paciencia tiene un límite. Voy a guardar el revólver para demostrarle mi buena fe. Pero intente «colaborar» o le juro que va a lamentarlo.

El *sheriff* sudaba copiosamente.

Lanzó un suspiro de alivio al ver que el joven guardaba de verdad el revólver.

—De acuerdo. Le diré quién…, quién planeó todo esto.

—Hable.

—Fue…

Pero el *sheriff* no llegó a hablar.

En aquel momento le pareció que Prince se distraía unas centésimas de segundo.

Yen cierto modo era verdad, porque alguien se acercaba a la

oficina, atraído por los disparos, y una sombra humana se estaba recortando en la puerta.

El revólver del *sheriff* brotó a la luz.

Era su oportunidad.

Aulló:

—¡Maldito perro…!

Y con aquel aullido se fue al otro barrio. Cuando iba a disparar, el dedo se crispó sobre el gatillo sin llegara apretarlo. La bala de Prince, disparando a través de la funda, se le había clavado entre las cejas.

Cayó de bruces sobre la mesa, mientras por su cara rodaba un grueso hilo de sangre.

El tipo que acababa de detenerse en el umbral era uno de los comerciantes vecinos. Quedó petrificado al ver en la oficina del *sheriff* aquella carnicería.

—Pero… ¿qué ha pasado?

—Nada importante. Ocúpese de que estos muertos sean enterrados, por favor. Yo corro con los gastos.

Y salió.

Momentos después se dirigía a galope a su rancho.

Se daba cuenta de que la guerra estaba declarada y de que además iba a ser una guerra de emboscadas, de perfidias, una guerra sin cuartel.

Pero aún le faltaba saber algo más.

Porque por otro lado las cosas también se estaban complicando.

CAPÍTULO XII

¡MATAD A ESA MUJER!

Elena Vance, convertida ya en la señora Prince, acababa de bajar de un elegante calesín en el centro de la ciudad. El calesín era el regalo de bodas de Prince. Ahora Elena podía permitirse lujos que antes nunca se permitió.

Miró tranquilamente las tiendas de la ciudad, todas las cuales le ofrecían los artículos más lujosos.

Ahora podía comprarlos.

Avanzó tranquilamente hacia el porche, sin darse cuenta de que alguien acababa de decidir que ya había vivido bastante.

Un rifle asomaba por el borde de uno de los tejados más altos de la calle principal.

Aquel rifle giraba pausadamente, siguiendo los movimientos de Elena.

Llegó un momento en que ella estuvo perfectamente en línea con el punto de mira.

El disparo no podía fallar.

Y para que el emboscado tirador tuviese más facilidades, Elena se detuvo en el centro de la calle.

Por supuesto, no lo hizo para que la mataran con más comodidad. Ella no sabía que iban a liquidarla.

Si se detuvo fue porque vio venir a galope, por el centro de la calle principal, a su marido acabado de estrenar.

Balbució:

—Prince…

Prince también la vio.

Le extrañó que Elena estuviese allí, porque pensó que no iba a salir del rancho. Pero eso importaba poco; habría decidido ir de compras. El caso era que…

De repente Prince se estremeció.

Él tenía ese especial sexto sentido de los verdaderos hombres del Oeste. Con una sola mirada abarcaba un panorama en todos sus detalles. Si había algo sospechoso, sus ojos lo notaban.

Y, naturalmente, vio el rifle asomando por el borde del tejado.

Se dio cuenta de que la víctima era Elena.

Aulló:

—¡Cuidado!

Pero se dio cuenta también de que el aviso llegaba tarde. Elena no se movería con la suficiente rapidez. Lo que hizo fue lo que hubiese hecho cualquier otra mujer: mirar desorientada en torno suyo.

Dio al asesino tiempo para apretar el gatillo.

Y, en efecto, se oyó un disparo.

Prince se llevó las manos a la boca para contener un grito.

Esperaba ver caer muerta a Elena de un momento a otro.

Pero, en lugar de eso, al que vio caer fue al tipo que estaba en lo alto del tejado. Acababa de oírse un segundo disparo, y el fulano del rifle salió despedido como si le hubiera alcanzado un cañonazo. Hizo en el aire una pirueta tragicómica y terminó estrellándose contra el suelo, entre un grito de la multitud que había sido testigo del incidente.

Prince descabalgó de un salto ante Elena.

—¿Estás bien?

—Sí. Aún no se lo que…, lo que ha ocurrido.

—Querían matarte.

—¿A…, a mí?

—Me temo que sí, muñeca. Ha sido ese tipo.

Y se acercó al muerto, que estaba caído a muy poca distancia. Lo volvió cara al cielo con el pie, para verle la cara.

Pensó que lo reconocería. Pero no. No lo había visto jamás.

Se volvió hacia Elena.

—¿Lo reconoces?

—Pues…, pues no.

Prince tuvo la vaga sensación de que ella mentía. Pero no estaba

seguro de nada.

Era muy posible que ella le estuviese mintiendo para no preocuparle aún más.

—Elena… Si tuviste algún conflicto en tu vida pasada y alguien quiere matarte por eso, debes decírmelo. Nada te voy a reprochar. Lo que quiero es que estés segura.

—No he tenido… ningún conflicto.

—Está bien. Te creo. Hazme el favor de tomar una copa de *brandy* del más fuerte mientras yo subo a ese tejado a ver si encuentro algo interesante. Te has puesto muy blanca, muñeca. Necesitas un trago.

Y preguntó a uno de los individuos que estaban más cerca:

—Amigo, ¿quiere acompañar a mi esposa a que tome una copa? Yo quiero ver el sitio donde estaba agazapado ese asesino.

—Claro que sí… Con mucho gusto.

Prince volvió la espalda y se dirigió al edificio desde el que había caído el tipo del rifle.

Con una agilidad felina, subió por los rebordes de la fachada hasta llegar al tejado. Una vez allí vio marcada la huella que el cuerpo del asesino había dejado sobre el polvo. Miró por las cercanías y encontró algo interesante.

La primera bala, por lo visto, ya había acabado con el asesino, produciéndole la terrible crispación que le envió del tejado a la calle. La segunda bala había resbalado por el vértice del tejado, chocando con un saliente de hierro en el que estaba aplastada. Prince la arrancó y la examinó con sus ojos de entendido.

Era una bala bastante mayor que las normales. Era de calibre 50.

Normalmente no se fabricaban revólveres con esa boca de fuego. En todo caso eran modelos ya bastante antiguos, que habían caído en desuso por ser verdaderas piezas de artillería, de tiro seguro, pero demasiado lento. En un desafío, un cacharro de aquéllos era poco menos que un billete para la tumba. Prince intentó recordar a quién había visto con un revólver así.

A nadie.

La cuestión le preocupaba, pero como no podía resolverla terminó encogiéndose de hombros y descendió de nuevo a la calle.

Elena ya había salido, después de beber una buena copa de *brandy* del más fuerte.

No estaba pálida. Y daba la impresión de sentirse mucho mejor.

Prince musitó:

—Debemos volver al rancho cuanto antes. Sube tú al carruaje y yo te acompañaré a caballo. Vamos.

Lo hicieron así.

Naturalmente no pudieron hablar hasta alcanzar los límites del rancho. Pero cuando se presentaron allí, Prince musitó:

—¿De verdad no recuerdas nada, Elena? ¿No conocías a aquel tipo?

—No. Te aseguro que no…

—De acuerdo, si tú lo dices, así ha de ser. Pero ahora creo que te conviene descansar un poco, Elena. Ve a tu habitación.

En realidad, Prince necesitaba estar solo, porque acababa de ver que se precipitaban por otro lado los acontecimientos.

Una espesa columna de humo asomaba por detrás de las colinas, hacia el lado sur.

Era el sitio donde estaban los árboles frutales.

Un jinete se acercaba a galope rabioso, moviendo su sombrero para llamarle la atención.

—¡Eh! ¡Patrón! ¡Patróooon…!

—¿Qué pasa?

—¡Está ardiendo la zona de los frutales! ¡No ha sido casualidad! ¡He visto desde lejos unos tipos que les pegaban fuego!

—¿Y el capataz? ¿No vigilaba aquello?

—No lo sé. ¡No he visto a nadie más!

Prince apretó los labios, pensando que quizá a «Colt» le habían pegado un tiro por la espalda.

Pero no era esa sola su preocupación. También tenía otra cosa muy grave en qué pensar.

—¿Y los sementales? —preguntó—. No habrán ido a abrevar, supongo.

—No, aún no. Pero rondaban por las cercanías de las charcas.

Prince no esperó más.

Saltó de nuevo sobre la silla y picó espuelas.

No se dirigió hacia la zona de los frutales, pues allí, por desgracia, el mal ya estaba hecho, sino un poco más al Este.

Allí estaban las charcas donde el ganado abrevaba. Y si ocurría lo que estaba imaginando…

Un grupo de sementales como los que poseía ya, valían una fortuna.

Y si los perdía…

Llegó a la vista de las charcas. Los sementales rondaban por allí sin nadie que los vigilase. Eso era lógico, porque a aquella hora se les dejaba sueltos.

Pero cuidando de que no se acercaran al agua.

¡«Colt» debió haber estado por allí y no estaba!

Uno de los sementales bebía ya. Los otros se aproximaban pausadamente.

Prince sacó el revólver y disparó al aire, por encima de los lomos de los animales. Éstos se asustaron y emprendieron un torpe trote, alejándose de las charcas.

Todos menos uno.

El que había bebido dio unos pasos y luego cayó como fulminado, retorciéndose espasmódicamente.

Prince ahogó una maldición.

Lo que suponía: las aguas estaban envenenadas.

Si llega a presentarse allí cinco minutos más tarde, pierde todos sus sementales y la posibilidad de llegar a poseer una manada. Hubiera sido un golpe de esos que le hunden a uno por bastante tiempo.

Sus vecinos, al parecer, le habían declarado decididamente la guerra. Y estaban dispuestos a llevarla hasta el fin.

El vaquero que le había avisado llegaba en aquel momento a galope detrás de él, advertido por los disparos.

—Eh, patrón…

Prince se volvió.

—¡Cuida de que ninguna res se acerque a esas charcas! ¡Están envenenadas!

—¡Diablo, patrón! ¡Eso sí que no lo imaginaba!

—¡Tú eres responsable! ¡Yo voy al lado sur para enterarme de lo que le ha ocurrido al capataz!

Y picó espuelas de nuevo, dirigiéndose al otro lado del rancho.

El corcel respondía bien, a pesar de la infernal galopada. Cuando llegaron a la zona de los frutales, ambos estaban bañados en sudor.

Prince se pasó una mano por la frente.

Ya no podía hacer nada por evitar el desastre. Todos los árboles

ardían. Pero no era eso lo que más le dolía, sino el hecho de que pudieran haber matado por la espalda a «Colt».

Buscó el cadáver que, sin embargo, no aparecía por ninguna parte.

Y empezaba ya a darse cuenta de que allí sucedía algo muy extraño cuando oyó el trotar de aquel caballo a su espalda.

Se volvió.

Era «Colt».

El simulaba estar muy tranquilo, pero su caballo estaba también muy sudoroso, lo que indicaba que venía de hacer una larga galopada.

«Colt» masculló:

—¡Infiernos!

Parecía no creer lo que estaban viendo sus ojos.

—Sí, la palabra está muy bien empleada —dijo Prince—. ¡Infiernos! Han convertido esto en una especie de casa del diablo. ¿Pero dónde estabas tú, «Colt»?

—En las charcas, vigilando.

Prince arqueó una ceja.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!

—Pues me extraña, porque las charcas también han sido envenenadas. No ha ocurrido un desastre por verdadera casualidad.

Quizá otra persona hubiera palidecido, pero en «Colt» no se notó porque su rostro era incapaz de eso.

Prince masculló:

—¿Por qué me has engañado, «Colt»? ¡Te había hecho responsable de esas dos zonas del rancho! ¡Eran las más delicadas! ¡Te las confié porque tenía fe en ti!

—Bueno, yo… Puede que me haya… descuidado un poco.

—¿Dónde estabas, «Colt»?

—Me despisté…

El joven clavó los ojos en su cinto canana.

—¿De qué calibre es tu revólver?

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Quiero que me lo digas. ¿De qué calibre es tu petardo? Me parece que no resulta demasiado usual.

—No… Se trata de un modelo algo antiguo. Es lento, pero

dispara balas enormes, del calibre 50.

Prince se mordió el labio inferior para no preguntar más.

«Colt» le ocultaba algo. Su vida no debía ser tan sencilla como aparentó al mostrarse en el bosque. Muy posiblemente estaba coaligado con los enemigos de Prince. Pero éste no quería acusarle sin pruebas.

Al fin y al cabo, le debía la vida.

Ésa era una cosa que un hombre del Oeste no olvidaba jamás.

—Hablaremos luego, «Colt» —murmuró—. Tú quédate aquí y trata de evitar que el fuego se extienda a los pastizales. Yo iré a buscar refuerzos. Tenemos trabajo para todo el día. ¡Hala, arreando!

«Colt» se alejó.

Le sobraban motivos para temer al fuego, pero no lo demostró, porque se arrojó casi materialmente encima de las llamas.

Mientras tanto, Prince volvió a la parte principal del rancho.

Encontró allí a Peter, el segundo capataz.

—¡Peter!

—¿Qué hay, patrón?

—Vengo hecho polvo, muchacho. Reúne a todos los hombres y que aquí no se quede nadie. Ni las mujeres… Bien pensado: hasta las mujeres pueden ayudar. Hay que cortar el paso del fuego, porque los pastizales están secos y ardería todo. El incendio es mayor de lo que imaginaba. ¡Muévete, muchacho…!

Peter se largó a gran velocidad, pegando gritos.

Todo el rancho estaba conmocionado.

Hasta Elena, vistiendo un suave *negligé* (sin duda se había tendido en la cama después de llegar de la ciudad), apareció en la puerta del edificio principal, mirando asustada en torno suyo.

—Prince…, ¿qué ocurre?

Prince la hizo entrar.

—Si apareces así en público, los hombres no van a apagar el incendio, muñeca. No te preocupes, no ocurre nada de especial.

—Dices que hasta las mujeres han de ayudar. Puedo ir yo también…

—No, tú quédate aquí. Bastantes peligros has corrido ya en Rushville. Vuelve a tu dormitorio y descansa.

Ella se apoyó en la puerta.

Miraba fijamente a Prince, con una insólita fijeza.

La liviandad de las ropas permitía ver que su pecho subía y bajaba agitadamente. Sus manos y sus labios temblaban. Había algo en su cuerpo todavía tenso, duro, vibrante, que quemaba de pasión.

—Prince —susurró—. Te…, te quiero con toda mi alma.

—Yo también te quiero, Elena. Pero desgraciadamente no es éste el momento de hablar de nuestro cariño. Todo el rancho corre peligro.

—Has hecho tanto por mí, que yo haría cualquier cosa por ti, Prince.

—No pienses más en ello. Nada tienes que agradecerme, Elena. Y ahora debes perdonarme. Adiós…

—Adiós, amor.

Pero no se separó de él.

Al contrario, se pegaron sus cuerpos.

Los labios de la mujer buscaron ansiosamente los del hombre.

Parecía como si en aquel beso apretado, denso, vaciara toda la pasión de su vida.

Prince la separó poco a poco.

No sabía bien por qué.

Sentía una extraña vergüenza, como si pensara que podía estarles viendo Natalie.

—Adiós, cariño.

Se distanció de la mujer. Las manos de ella quemaban.

Prince salió de la casa y volvió a montar a caballo. Un numeroso grupo de hombres y mujeres (la totalidad de los efectivos humanos del rancho) se dirigían a toda velocidad hacia las colinas, detrás de las cuales seguía viéndose una capa cada vez más espesa de humo. El incendio arreciaba…

Cuando Prince llegó allí, vio que «Colt» ya había hecho bastante por apagarlo. Una serie de vaqueros le estaban ayudando ya, valiéndose de ramas con las que golpear los arbustos y de palas con las que abrían zanjas que cortaran el paso del fuego.

Prince distribuyó a todo el mundo.

Él se puso el primero en los lugares de mayor peligro, luchando denodadamente con las llamas. Cuando lograba vencerlas en un lugar, se iba hacia el otro. Su esfuerzo era descomunal. Parecía mentira que un hombre pudiera estar en todas partes a la vez, como estaba Prince.

Pero tuvo la desgracia de resbalar y caer rodando colina abajo. Se produjo una luxación en el tobillo y Peter, el segundo capataz, tuvo que arrancarlo casi materialmente de entre las llamas.

—Cuerno, patrón, ¿se ha hecho daño?

—Por poco me rompo una pata, muchacho.

—Entonces no puede seguir aquí.

—¿Y por qué no?

—Para luchar contra el fuego hay que tener las piernas bien seguras. Se cae otra vez, se mete de cabeza en una hoguera y… ¿y qué?

La cosa era como para pensarla, pero Prince dio un empujón a Peter para que le dejara solo.

—No te preocupes, muchacho. Yo me las arreglaré.

Pero al ponerse en pie notó que su tobillo fallaba lastimosamente. Le era imposible continuar allí. Se jugaba la vida tontamente.

—Hágame caso, patrón. Suba a caballo y vuelva al rancho. Lo peor ha pasado ya.

—Cuerno… pasarme eso ahora… Pero en fin… Voy a hacerte caso, Peter.

Montó a caballo y trotó hacia el rancho. Al llegar a él, casi le sobrecogió el silencio espeso, casi mortal, que rodeaba el edificio.

Claro. Todo el mundo estaba fuera…

Y lamentó haber dejado a Elena tan sola. ¿Y si le hubiera ocurrido algo? Subió deprisa y en silencio a su habitación, abriendo la puerta de golpe.

Vio que Elena estaba allí.

¡Claro que estaba!

Pero los ojos de Prince se desorbitaron y entonces el joven supo lo que es el deseo de morir…

CAPÍTULO XIII

TU RECOMPENSA, MUCHACHO

La pareja que se estaba besando, en una actitud que no dejaba la menor duda acerca de lo que iba a venir después de aquellos besos, se volvió bruscamente al oír el chasquido de la puerta y el brusco crujido de los dientes de Prince.

Aquella pareja estaba formada por…

… por Elena.

… ¡y por Potter!

¡Por Potter, el tipo que había intentado forzarla! ¡Por Potter, el buitre que saltó por una de las ventanas del barracón al verle llegar a él!

Pero las cosas no eran ahora como entonces.

No, de ningún modo.

Ahora Elena besaba a Potter.

Quería ser suya.

Eran dos amantes atrapados en lo más comprometido del juego del amor.

Se separaron instantáneamente.

Prince sintió que la cabeza le daba vueltas.

Y sintió algo más importante: que su derecha volaba hacia el revólver.

Pero alejó los dedos de la culata, como si ésta quemara.

No quería matarlos a los dos.

Merecían la muerte, pero no quería hacer eso.

No quería unir, a la ruina de su honor, los estampidos de un doble crimen.

Sus rodillas vacilaron.

Por un momento pareció como si fuera a volver sobre sus intenciones, como si fuera a disparar.

Elena lo leyó en sus ojos.

Gimoteó:

—Noooo…

Prince sintió asco, un asco tan terrible que le produjo una violenta náusea.

Retrocedió un paso y cerró la puerta.

Todo producía una sensación óptica increíble. El pasillo diríase que estaba cabeza abajo. Las lámparas parecían despedir una luz negra. Las puertas parecían abrirse y cerrarse a golpes.

Prince cerró los ojos.

Al abrirlos, todo había vuelto a la normalidad. El pasillo estaba como siempre. Las puertas cerradas. Las lámparas enviaban una luz clara y diáfana.

El joven se asombró al oír el ruido terrible de sus propios dientes.

Como un sonámbulo, avanzó unos pasos y llegó hasta la escalera. Casi rodó por ella. Otra vez su derecha fue hacia el «Colt» y otra vez hizo un terrible esfuerzo de voluntad para retirarla.

El rancho estaba totalmente vacío.

No se oía nada.

¿Nada?

Una vocecita cascada llegó hasta él, procedente de una garganta carcomida por el tabaco.

—¿Es usted, señor Potter?

Demasiado tarde se dio cuenta el tipejo de que el que bajaba no era Potter.

Trató de huir.

Pero, cuando ya iba a llegar a la puerta, Prince le lanzó una silla a los pies. El fulano rodó por el suelo, dando varias vueltas sobre sí mismo. No logró salir.

Prince lo sujetó por la camisa y lo levantó sin esfuerzo, como si fuera una pluma.

Sus ojos se desencajaron.

Conocía a aquel tipo.

¿De qué?

Pronto lo recordó, y entonces la situación le pareció aún más increíble. Era el tipejo que había visto salir despedido del barracón, cuando Potter trataba de forzar a Elena. El que, teóricamente, había tratado de evitar aquella infamia.

Teóricamente nada más. Porque ahora resultaba que era… ¡un aliado de Potter!

El tipejo se puso a temblar. También él le había reconocido.

—No…, no me haga nada, señor Prince. Yo le explicaré.

—Vas a tener que explicar tantas cosas que no sé si te dará tiempo en los tres minutos que te quedan de vida.

—Se lo suplico, señor Prince… Le soy más útil vivo que muerto. Tendrá en mí un aliado incondicional y fiel…

—Sí, ¿eh?

—Haré cualquier cosa, señor Prince.

—De momento, habla.

—¿Qué quiere saber?

—Lo primero, cómo sabíais que el rancho estaría vacío y que podríais moveros a vuestras anchas.

—Elena nos avisó.

Prince tragó saliva bruscamente. Sus facciones se deformaron de tal modo que el otro temió lo peor.

—¡Señor Prince, no dispare! ¡Yo seguiré hablando!

—Muy bien, hazlo. Cuando Potter te echó a puntapiés de aquel barracón fue para llamar la atención de alguien, ¿verdad? Para que todo el mundo se diera cuenta de que él estaba intentando forzar a Elena.

—Sí…, sí, señor.

—Por lo tanto, no debía tener ningún interés en conseguir algo de ella. Lo único que quería era aparecer como su enemigo. Hacer que todo el mundo pensara que Elena le aborrecía, ¿no?

—Sí, señor, eso es. Querían aparecer como mortales enemigos. El la iba a echar de sus tierras y encima la violentaba. Una situación como para no perdonársela a ningún hombre. A los ojos de todos, Elena aparecería como la peor enemiga de Potter.

—Pero eran amantes…

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cuestión de un año. Desde que todo empezó.

—Pero ¿qué fue lo que empezó?

—El mejunje.

—¡Habla más claro, imbécil!

—Por favor, señor Prince, no me obligue a…

—De los tres minutos de vida que te quedaban, ya han pasado dos y medio, amigo.

—No… Por Dios, no dispare.

—Pues habla claro y dime qué mejunje es ése. Por qué Potter y Elena tenían que aparecer como enemigos cuando en realidad eran amigos íntimos.

—Pues… para que nadie sospechara que ella era su cómplice. Para que todo el mundo pensase que el dinero lo tenía otra persona, no ella. Y para que investigaran en cualquier lugar menos en la casa de Elena Vance, donde los dólares estarían seguros.

—¿Qué dólares? ¿De qué hablas?

Y enseguida, antes de que el otro contestara, Prince hizo otra pregunta, porque un nuevo y terrible pensamiento había dado vueltas en torno a su cerebro:

—¿Por qué se casó ella conmigo? ¿O es que yo también formaba parte de su plan sin saberlo?

—Bueno, en cierto modo, señor Prince… Pero de una manera muy indirecta. Como usted es un hombre rico, aún sospecharían menos de ella. El verse transformada en una auténtica dama siempre va bien para esas cosas. Pero además ella podría llegar a heredar así un día este rancho, que tampoco es grano de anís.

—¿Quieres decir que entre esos planes figuraba… el eliminarme?

—Me temo que sí, señor Prince.

El rechinó los dientes otra vez, pero en realidad ya nada le importaba después de lo que había visto.

—Ahora viene lo más importante —masculló—. Pobre de ti como te dejes una sílaba. ¿Qué plan era ése? ¿Qué dinero trataban de conseguir?

—Pues… bueno… en realidad… es sencillo.

—¡Si es tan sencillo, dilo!

—Yo…

El tipejo iba a hablar. Estaba tan aterrorizado que sin duda lo haría.

Pero no llegó a despegar los labios de nuevo.

De repente su cabeza se balanceó. Aquel movimiento fue simultáneo al estampido que hizo temblar toda aquella parte de la casa.

Prince soltó su presa, mientras saltaba de costado, porque adivinó que la segunda bala sería para él.

Y no se equivocaba. El plomo le hubiera atravesado caso de no ser él tan rápido. Rodó por tierra mientras disparaba a su vez, aunque lo hizo a las sombras.

Oyó unos pasos que se alejaban.

El que huía tenía que ser Potter, quien sin duda habría saltado por una de las ventanas, llegando en silencio hasta allí.

Prince ahogó una maldición.

Desde la puerta, disparó a más y mejor contra todas las sombras que parecían moverse.

Pero pronto oyó el trotar de un caballo. Aunque no era aún noche declarada, se producía ese juego fantasmagórico del ocaso, cuando los relieves de las cosas engañan. Disparó de nuevo, pero ya sólo le quedaba una bala y no hizo blanco con ella.

Recargó el «Colt», aunque sin esperanza. No llegaría a balear al fugitivo. En efecto, cuando disparó de nuevo, éste ya estaba cubierto por un relieve del terreno.

Prince apretó los labios.

De todos modos no iría lejos.

Sabía quién era. Y todo el estado resultaría demasiado pequeño para que aquel bicho se ocultase.

Volvió sobre sus pasos y miró el cadáver.

No había podido hablar. De acuerdo, pero Elena lo haría. Elena aún estaba arriba.

Y ella cantaría ópera.

Con música y todo.

¡Vaya si iba a hacerlo!…

El joven subió pausadamente.

Vio la puerta.

Y entonces, antes de que llegara a apretar el pomo, oyó aquel grito de agonía, de terror, de muerte.

Y aquel disparo.

Aquel disparo que también hizo temblar la casa…

Capítulo XIV

ROSTRO MUERTO

Prince se lanzó contra la hoja de madera. Por poco la derriba. La puerta se abrió instantáneamente bajo el empuje de su cuerpo.

Y lo que vio le hizo contener la respiración y llevarse la izquierda a la boca, con un gesto de horror.

Elena estaba muerta.

Estaba muerta sobre la cama.

Su cuerpo aún hermoso, aún palpitante, yacía entre un charco de sangre que por momentos se iba haciendo más y más grande, y más y más horrible.

Le habían atravesado la cabeza.

Y el hombre que acababa de hacerlo aún estaba allí.

Acababa de guardar su revólver humeante.

Y la miraba con sus ojos quietos, grandes, profundos, con aquellos ojos que eran como las dos únicas chispitas de bondad en su rostro horrible, en su rostro muerto.

Se trataba de «Colt».

«Colt» cuya derecha aún temblaba.

Prince dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo, sin fuerzas ni para sostenerlos.

—«Colt»… ¿Tú? ¿Cómo es posible que…?

«Colt» apenas movió la derecha.

—Sí, lo he hecho yo… Y ahora véngate si quieres.

Prince rechinó los dientes.

—Pero ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué?…

Y de pronto pasó por su cerebro el terrible pensamiento.

—¿Acaso lo has hecho… para que no hablara? ¿Tú también formas parte del plan? ¿Tú también, maldito?…

«Colt» no contestó.

Sus facciones horribles se habían contraído en una extraña mueca.

—Véngala… —musitó—. Véngala si eres hombre…

Se trataba de un desafío.

Y Prince tenía que aceptarlo si aún quedaba sangre en él. Y sangre, la verdad, le quedaba demasiada. Tenía ganas de matar…, ¡matar a quien fuese!

—¡Saca!

Los dos hombres arquearon sus cuerpos y movieron los revólveres a la vez.

Prince quedó asombrado ante la rapidez de su adversario. Demostraba ser un verdadero demonio. Incluso estuvo en un tris de poner el revólver en línea de tiro antes que él.

No lo consiguió por décimas de segundo.

Sonó un solo disparo.

Y «Colt» se encogió, alcanzado mortalmente, mientras el revólver resbalaba de entre sus dedos, aunque sin llegar a caer a tierra.

Prince no disparó más. Sabía que no hacía falta, y además sintió como un repentino asco de sí mismo.

Se acercó a «Colt».

Y vio que éste… ¡sonreía!

No importaba que en sus labios hubiera ya el rictus fatal de la muerte.

¡Sonreía como si fuera feliz!

—Buen tiro, muchacho —dijo con un soplo de voz—. Y ahora pro… protégela.

—¿Proteger a quién?

Pero el otro ya no pudo hablar.

Su cabeza cayó a un lado, todo su cuerpo se relajó.

Estaba muerto.

Prince sintió que su cabeza daba vueltas otra vez.

Retiró poco a poco el revólver del caído.

Y entonces tuvo una nueva sorpresa. Entonces se dio cuenta de que aquel revólver pesaba poco.

Abrió el cilindro, con un gesto de brutal sorpresa.

Y sus dientes produjeron un crujido.

¡Allí no había ni una sola bala! ¡«Colt» no pudo haberle matado nunca!

Los ojos de Prince pasearon incrédulos por encima de aquel mundo inhóspito, de aquella verdadera visión de pesadilla.

No pudo soportarlo más.

Pero tenía que moverse.

Fuera como fuese, los acontecimientos se habían precipitado. Y él tenía que liquidarlos aquella misma noche.

Salió del rancho y vio que, por encima de las colinas, ya no se distinguía el fulgor de las llamas.

Su rancho se había salvado.

Y, cuando fuese más fuerte y poderoso que nunca, ya impondría su ley a los ambiciosos vecinos. Les haría pagar todo lo que habían maquinado contra él.

Pero ése era un asunto que ya llegaría.

Por el momento tenía otro más angustioso en que pensar.

Más angustioso y más urgente.

Montó de un salto sobre el primer caballo que le salió al paso y emprendió hacia Rushville un rabioso galope.

CAPÍTULO XV

FIN TRÁGICO

La ciudad aparecía tranquila.

Nadie hubiera podido imaginar que allí se «cocinaba» algo. Rushville era un punto más entre los centenares de ciudades del Oeste. Con una noche serena, casi apacible…

Pero Prince sabía que no era así. Los acontecimientos iban a precipitarse.

Pero ¿en qué consistían esos acontecimientos? ¿Y dónde iban a producirse?

Ahí sí que Prince no tenía ni idea.

Descabalgó a la entrada de la ciudad.

La luna ya estaba alta en el horizonte.

Era muy hermosa.

Y de pronto quedó oscurecida como por una especie de nube negra.

La terrible andanada del salivazo cargado de tabaco de mascar hizo mover un carro que estaba estacionado muy cerca de Prince.

Éste se volvió.

Conocía al vejete que lanzaba aquellos cañonazos tan impresionantes, parecidos a los de la batalla de Gettysburg.

Era el mismo vejete que le había hablado antes cerca de la oficina del *sheriff*.

—¿Qué? ¿Ya ha venido a terminar el golpe? —preguntó.

—¿Qué golpe?

—No se haga de nuevas, amigo. De sobras lo sabe. Este mediodía, después de hablar con usted, han intentado matarme,

pero no lo han conseguido. Sé que lo intentarán de nuevo y que lo conseguirán. Pero no me importa, créame. Para lo que hay que ver en este mundo…

—Oiga, abuelo, ¿quiere hablar de una vez como Dios manda?

—¿Y qué he de hablarle? Como si usted no lo supiera. Como si no formara sociedad con su linda mujercita… Hala, váyase al cuerno.

Y volvió la espalda, alejándose hasta desaparecer tragado por las sombras.

Prince quedó como petrificado.

No entendía aquello. Por su padre que no lo entendía.

Pero la explicación tenía que estar muy cerca. Y tenía que ser algo relacionado con el pasado de la ciudad, puesto que aquel vejete, que conocía todos sus secretos, era el único que estaba enterado de ello.

Los ojos del joven rodaron en torno suyo.

El barracón, el Banco; el Banco, el barracón…

Y un espacio vacío entre los dos.

Un espacio muerto…

Los pensamientos afluyeron al cerebro de Prince como gotas de agua sucia. Eran pensamientos que hacían daño, pero que no podía evitar. ¿Por qué Elena no había querido nunca que su hija viviese con ella en el barracón? ¿Y por qué la misma Elena vivía allí, en pésimas condiciones, cuando no le hubiera costado apenas nada hospedarse en el mismo y lujoso hotel en que trabajaba?

Prince volvió la cabeza. Aquellos pensamientos le hacían daño. Sus ojos rodaron pesadamente dentro de las órbitas.

También recordó otra cosa: había visto salir del barracón un carro transportando sacos vacíos. Sacos vacíos… ¿y debajo de ellos qué?…

No vaciló más.

Entró en el edificio.

Todo estaba igual a como él lo había conocido la primera vez, pero había una puertecilla, correspondiente a una segunda habitación, que se movía a impulsos del viento.

El joven atravesó el umbral.

Y vio que una parte de las tablas del suelo había sido alzada. Debajo había una galería de la que sin duda sacaban la tierra que

iba oculta bajo los sacos.

Prince contuvo la respiración.

Comprobó la carga del revólver y bajó por ella.

La zona de tierra, por lo que pudo ver, no era muy grande. Pronto se entraba, a través de un difícil acceso, en una galería abierta en la roca viva. Aquella galería debía de tener muchos años de antigüedad, porque parte de sus paredes aparecían cubiertas de salitre.

Iba comprendiendo.

La existencia de aquella galería, procedente de una antigua mina, era lo que conocía el vejete con el que acababa de hablar. Y por unos cuantos detalles observados, el hombre había adivinado lo que se preparaba.

¡Demonios! ¡Vaya que sí!…

La vieja galería había sido acondicionada para que se pudiera pasar por ella.

Debía llegar hasta debajo mismo del subsuelo del Banco. Unos pacientes trabajos, realizados durante las noches, habrían logrado que la galería alcanzase prácticamente las baldosas de la habitación donde estaba la caja fuerte. Un empujoncito más y… ¡fuera! Luego sólo harían falta unos dedos hábiles para dar con la combinación de la caja.

¡Y todo eso debía estar sucediendo ahora! ¡Debía de estar sucediendo esta misma noche!

Prince siguió avanzando.

Y hubo un momento en que vio un rastro de luz por encima de su cabeza.

Yen que oyó unas palabras quedas, parecidas a susurros, pero pronunciadas en un ambiente de gran tensión.

Ya no le cabía duda de que estaba a punto de llegar al fin.

Extremó sus precauciones.

Con todos los nervios en tensión siguió ascendiendo por el pozo de roca, en el que había unas hendiduras para las manos y los pies… ¡y se encontró en una de las salas del Banco!

Pero no estaba solo allí.

Dos hombres lanzaron un auténtico alarido al verle.

Uno de ellos era Potter. El otro un fulano a quien no conocía, y que sin duda había sido el «manos finas» encargado de abrir la caja

fuerte.

Porque la caja fuerte ya había sido vencida.

Su enorme panza de acero dejaba ver los billetes y los sacos de oro, los lingotes, las monedas, los títulos al portador de poderosas compañías industriales, todo, en fin, lo que constituye la fortuna de un gran Banco como aquél.

Lo mismo Potter que el otro individuo llevaban dos grandes maletas. Iban ya a llenarlas cuando Prince apareció.

Las arrojaron al suelo mientras sacaban los revólveres con un movimiento instantáneo.

—¡Esa perra! —masculló Potter—. ¡Ha llegado a hablar!

Sin duda la «perra» era Elena Vance. Aquel tipo creía que la información procedía de ella.

Las palabras fueron acompañadas de dos balazos que peinaron materialmente los cabellos del joven. Éste se hundió en el pozo, mientras ahogaba una maldición, sin haber podido hacer fuego ni una vez.

Potter aulló:

—¡Dale, dale, infiernos! ¡Tira la nitro por el hueco!

Sin duda habían llevado nitroglicerina para volar la caja, en el caso de que ésta se resistiera a los manejos manuales. Prince comprendió que, si arrojaban el líquido explosivo por la galería, no iban a quedar de él ni los pedazos.

Lamentó haber obrado con cierta precipitación, sin preparar antes el golpe.

Pero ahora ya no le quedaba tiempo para lamentarlo. Sólo podía fiar en su habilidad y en su inspiración.

Asomó la cabeza instantáneamente, jugándoselo todo por todo, mientras disparaba una bala.

No tuvo apenas tiempo para apuntar. Hubo de hacerlo por instinto.

La botella que uno de aquellos tipos iba a lanzar, se convirtió en pedazos entre sus dedos. Prince cerró los ojos, esperando una explosión terrible que tal vez le enviaría al infierno a él también, pero la explosión no se produjo. El líquido resbaló hasta el suelo, sin estallar, por entre los dedos del hombre.

Éste lanzó un aullido.

Tenía la mano atravesada.

Potter, temiendo la explosión, también se había arrojado al suelo. Eso le hizo perder toda su ventaja, pues mientras Prince disparaba contra su cómplice él pudo haberse encargado del joven. Pero el miedo le perdió. Dio un par de vueltas sobre sí mismo, tratando de cobijarse.

El individuo de la mano atravesada, sin embargo, no estaba liquidado.

No, ni mucho menos.

Movió el revólver con un gesto centelleante, demostrando ser un verdadero campeón.

Pero Prince no estaba ya para florituras.

Disparó secamente, atravesándole la cabeza en línea recta antes de que el otro pudiera mover el gatillo. Se oyó un gemido y el pistolero se desplomó pesadamente.

Mientras tanto, Potter había reaccionado.

Trató de luchar y envió una bala rasante que acarició el suelo, buscando la cintura de Prince.

Éste sintió como un pinchazo. La bala le había rozado. El calambre hizo que estuviera a punto de soltar el revólver.

Pero se repuso.

Sujetando el «Colt» con ambas manos, disparó una sola vez.

Potter dio una vuelta sobre sí mismo, como una peonza que girara en el suelo.

El arma resbaló de entre sus dedos.

Cobardemente trató de arrastrarse para salir, pero Prince no se lo permitió. Saltó hacia él y le dio dos puntapiés en las costillas. Potter quedó sin aliento.

Prince le puso el revólver entre los ojos.

—Muy bien, amigo… Hacía tiempo que ésta te la tenía guardada… Ahora vas a hablar… Vas a soltar todo lo que sabes, con música de fondo. Escupe el discursito de una vez o te barreno la cabeza.

Potter mascullló:

—No lo hagas… Ella lo ideó todo…

—¿Qué fue lo que ideó?

—Conocía la existencia de esta mina y… y me habló de ello.

—¿Erais ya amigos íntimos?

—Pues…, pues sí.

Prince escupió la palabra al aire:

—Inocente palomita…

—Es…, es una zorra —dijo Potter con voz ahogada—. Te lo juro… Ella lo ideó todo… Sólo piensa en el dinero… Mataría a cualquiera…

—Y tú no, ¿verdad?

—Yo me vi envuelto…

—No sabes la pena que me das, muchacho.

—Te estoy diciendo… la verdad. Planeó comprar el terreno y no pagarme. Yo ejercitaría contra ella, sin compasión, todas las acciones legales. Nos convertiríamos en mortales enemigos. Incluso habría testigos de un acto vergonzoso, porque yo trataría de forzarla… Y así, cuando el robo se cometiese…

—Ella guardaría el dinero, ¿verdad?

—Pues…, pues…, ¿cómo lo sabes?

—He tenido mis informes, y además no es difícil deducirlo. Tú ya la habrías echado del terreno y del barracón. Aunque descubriesen la galería, cosa inevitable, no le echarían la culpa a ella, pobre inocente y mortal enemiga tuya, sino a ti, cerdo redomado, que además habrías huido. Una jauría de perseguidores se lanzaría tras tus huellas, pero inútilmente. No te encontrarían jamás, y mucho menos el dinero, que estaría bien seguro en manos de la inocente paloma. Un año después, o tal vez sólo seis meses, os reuniríais y a disfrutar por todo lo alto, ¿no?

—Ése…, ése era el plan.

—¿Y yo qué jugaba en esto?

—Tú aún acentuarías su aureola de inocencia. Por eso aceptó casarse contigo. De una mujer rica, ¿quién iba a sospechar que había robado?

Prince sintió una amargura muy honda, muy densa.

Sólo preguntó con voz metálica:

—¿Por qué intentasteis matarla? Porque aquel tipo del rifle puesto en el tejado estaba pagado por ti…

—Verás… Esto iba de pillo a pillo. Elena quizá se hubiera quedado con el dinero después de huir yo. Me temí que incluso llegara a enamorarse de ti y me dejara al margen. O que tú lo descubrieses… El caso era que en cierto momento pensé que podía prescindir de ella. De todos modos, yo no la hubiera matado. Fue el

jefe quien lo ordenó.

—¿El jefe? ¿Quién?

Potter rió quedamente, dolorosamente.

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues se trataba de alguien que igualmente podía guardar el dinero. Y podía hacerlo en su caja fuerte, sin que nadie sospechara tampoco. ¿Lo imaginas ahora?

Prince palideció.

—El…, el dueño del Banco Federal…

—Exacto. Fue él quien decidió que, pensando bien las cosas, Elena sobraba y por tanto debía morir. Yo me opuse porque como mujer me gustaba, pero… Bueno, tampoco iba a estropear el negocio por eso. Sin embargo, cuando el atentado falló, el jefe decidió no insistir…, por el momento. Y yo decidí celebrarlo, porque en el fondo me alegraba. Fue cuando tú nos encontraste…

Prince sintió una náusea, un terrible asco.

Con voz ronca masculló:

—Elena ha muerto.

—¿La has matado tú?

—No… La ha matado alguien que podía hacerlo.

Potter fue a decir algo.

Pero ya no tuvo tiempo.

En aquel momento tres figuras humanas aparecieron en el umbral de una de las puertas. Y las tres llevaban amartillados sus revólveres.

Prince no pudo hacer más que un solo movimiento: levantar instintivamente el cuerpo caído de Potter para que sirviese de coraza delante suyo.

Y, en efecto, la primera andanada alcanzó de lleno el cuerpo de Potter. Éste se convulsionó como un poseso mientras lanzaba un alarido de muerte. Prince disparó por debajo de su cuerpo.

Había elegido la primera víctima.

Y la había elegido bien…

El dueño del Banco se convulsionó también, al ser alcanzado por la bala debajo de la mandíbula. Se elevó hacia el techo como si de repente le hubieran nacido alas.

Y luego cayó estrepitosamente.

Los dos pistoleros que le acompañaban dispararon de nuevo, pero sin puntería y sin mirar tan siquiera. Lo único que les interesaba era huir, huir cuanto antes de allí… Rebrincaron en la puerta mientras las balas les acariciaban materialmente, pero sin penetrarles.

Prince salió tras ellos. Vio entonces que el hombre al que acababa de matar y los dos que trataban de huir habían permanecido en la sala principal del Banco, vigilando la puerta exterior, que seguía cerrada. Ahora los fugitivos trataban de abrirla, pero ya sin posibilidad ninguna para ellos. Porque, desde fuera, atraídos por los disparos, varios hombres, entre los que se encontraba Bradley, se disponían a abrir también.

Prince no avanzó un paso más.

¿Para qué? Estaban a la distancia ideal del desafío.

—Adelante, muchachos… Dos contra uno. Vais a tener la oportunidad de defender vuestra cochina piel.

Los dos temblaron. Eran de esos cobardes que nunca matan cara a cara. Seguro que cada uno de ellos había matado al menos a una docena de hombres, pero sin desafiarse jamás.

—Nosotros no intervinimos en el robo… —musitó el de la izquierda—. Éramos simples protectores de la operación… Nosotros…

—¡Vosotros os defenderéis si queréis conservar la piel! ¡Hala, buitres! ¡A bailar con el «Colt» en la mano! ¡Sed hombres al menos a la hora de morir!

Los dos pistoleros alzaron sus revólveres.

Tenían ventaja. Eran dos. Llevaban además las armas en la mano, mientras que Prince había guardado la suya.

Pero de nada les sirvió.

Prince disparó dos veces a través de la funda, sin apuntar, guiándose sólo por su instinto infalible de tirador nato.

Los dos pistoleros giraron sobre sí mismos.

Terminaron cayendo mientras disparaban alocadamente al aire y en sus bocas aparecían hilos de sangre.

Prince guardó el «Colt».

Lentamente, aplomadamente.

El arma parecía pesar una tonelada.

Desde la puerta, Bradley, el dueño del Banco, preguntó con

asombro:

—Pero, Prince…, ¿qué ha sido esto?

—Entre y lo verá.

El mismo le precedió. Los hechos estaban tan claros que apenas necesitaban explicaciones. Pero de todos modos él las daría. Las daría sin mencionar a Elena Vance…

Un sabor amargo llenaba su boca.

Pero, en el fondo, sabía que era mejor que las cosas hubieran ocurrido así.

Con un triste sabor a muerte…

EPÍLOGO

Apenas había terminado de explicarlo todo —atribuyendo la responsabilidad únicamente a Potter, para dejar la memoria de Elena libre de toda culpa— cuando Natalie apareció también.

Como muchas otras personas, atraídas por el tumulto, se había concentrado en la puerta del Banco.

Sus ojos estaban llorosos. Sus facciones habían palidecido terriblemente.

Y, sin embargo, quizá nunca había estado tan sublime, tan delicada, tan hermosa.

El joven cerró los ojos.

No quería verla, no lo merecía.

Oyó su voz como si llegara desde muy lejos:

—He hablado con…, con uno de tus vaqueros, Prince… Dice que en el rancho ha sucedido algo horrible… Mamá…

No podía hablar. Tuvo que hacer un esfuerzo patético para decir las siguientes palabras:

—Mamá ha sido asesinada por…, por aquel monstruo…, por el capataz… por aquel espectro que se hacía llamar «Colt»…

Prince tuvo que tragar saliva.

Jamás le había sabido tan amarga.

Aquel espectro… Aquel monstruo que no tenía ni nombre…

El joven recordó sus últimas y trágicas palabras:

«Protégela…»

Ahora sí que sabía a quién se refería.

Y pensaba hacerlo.

Aquel mandato, que además estaba de acuerdo con los más hondos dictados de su corazón, era sagrado para él.

Susurró:

—Vamos, Natalie… No comprendo lo que ha sucedido, pero es irremediable ya. Haré que tu madre tenga un digno entierro y… y también ese pobre monstruo. Es hermoso perdonar.

Ella le miró con sus claros, con sus luminosos ojos.

—¿Perdonar? Eres demasiado bueno, Prince.

Prince miró a otro sitio.

No le gustaba aparecer como demasiado bueno. Estuvo a punto de deshacer aquel equívoco.

Pero no lo hizo. No habló. Sobre aquello no hablaría nunca.

Natalie no sabría jamás que el pobre monstruo que murió sin tener ni nombre, el pobre monstruo que no se atrevió ni a acercarse a ellas, el pobre monstruo que sólo deseaba su felicidad, hasta que no pudo resistir la infame mentira de Elena…, era el primer esposo de ésta. Era su verdadero padre.

Los dos salieron.

La luna estaba alta.

Muy alta.

Hasta que una andanada terrible, que apestaba a tabaco de mascar, la oscureció por completo.

Y el vejete chascó dos dedos.

—Me equivoqué, amigo Prince… Es usted un hombre honrado. Ah… Y muchas felicidades…

FIN